

# Un embajador de Carlos V en Italia: don Lope de Soria (1528-1532)

Henar Pizarro Llorente  
Universidad Pontificia Comillas

Desde el comienzo de su reinado, Carlos I contó con un importante elenco de personas versadas en labores diplomáticas. La diversa procedencia de estos servidores se correspondía con los orígenes de su vasta herencia territorial y política. Así, mientras que un grupo dentro de los mismos estaba constituido por agentes vinculados a la corte flamenca de Margarita de Austria, otros habían prestado sus servicios tanto a Felipe el Hermoso como al emperador Maximiliano. Junto a éstos, el joven Rey pudo contar con el equipo que había actuado bajo las órdenes de Fernando el Católico. En este sentido, don Fernando inició, con cierta antelación respecto al resto de monarcas europeos, el establecimiento de embajadas permanentes como piezas esenciales de la política exterior. Su ejemplo fue seguido por las distintas cancillerías después de producirse su fallecimiento, lo que supuso el nacimiento de la diplomacia moderna y su ineludible relación con la cultura política renacentista <sup>1</sup>.

La mayoría de los servidores empleados por el Rey católico en las lides diplomáticas eran oriundos de la Corona de Aragón y, singularmente, del reino de Valencia <sup>2</sup>. Esta circunstancia provocaba las reticencias del cardenal Cisneros hacia la labor realizada por los mismos. Por ello, solicitó reiteradamente al joven Carlos que procediese a su sustitución en favor de diplomáticos de procedencia castellana. No obstante, las demandas del regente no encontraron apoyo en el entorno carolino, donde la influencia de los «fernandinos» y su entendimiento con los consejeros flamencos proporcionaba a

---

<sup>1</sup> En torno a estas consideraciones, véase DOUSSINAGUE, J. M., *El Testamento político de Fernando el Católico*, Madrid, s. a., pp. 178-188; OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, Madrid, IV, 1995, pp. 1922; *ibid.*, vol. V, pp. 50-66; *idem*, «La diplomacia española y el Renacimiento», *Diplomacia y Humanismo*, Madrid, 1989, pp. 29-63, y RIVERO RODRÍGUEZ, M., *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna*, Madrid, 2000, pp. 21-35.

<sup>2</sup> TERRATEIG, barón de, «Aportación valenciana a la política exterior de Fernando el Católico», *Fernando el Católico. Pensamiento político, política internacional y religiosa*, V Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, 1956, pp. 159-175.

los antiguos representantes del monarca aragonés la protección necesaria para continuar en el desempeño de sus embajadas. Por otra parte, esta situación venía a poner de manifiesto el propósito que Carlos I tenía al comienzo de su reinado de mantener las directrices en política exterior establecidas por su abuelo, especialmente, en los asuntos concernientes a los territorios italianos <sup>3</sup>.

### Bajo la protección de don Ramón Folch de Cardona

Lope de Soria inició su andadura como diplomático cuando fue designado para acudir a los Cantones suizos en 1513-1514. La estratégica situación geográfica de dichos territorios y su influencia en la política italiana habían llevado a Fernando el Católico a plantearse la conveniencia de contar con un embajador permanente en los mismos. La intensificación de los contactos entre 1512 y 1515 estaba orientada a lograr alejar a la Confederación del influjo de Luis XII y lograr su participación militar en la Liga formada para defender los territorios italianos del expansionismo francés <sup>4</sup>.

En septiembre de 1514, don Fernando escribía a Ramón de Cardona, virrey de Nápoles, con la finalidad de que nombrase a una persona fiel y capacitada, para que, junto con el representante de Maximiliano I y el obispo de Veroli en nombre del papa León X, acudiese a negociar con los suizos el establecimiento de una concertación. En el caso de que los helvéticos solicitasen una compensación económica por adherirse al acuerdo, el Rey aragonés apuntaba que se debían conformar con las percepciones que recibían del pontífice y del duque de Milán. No obstante, si esta cuestión se convertía en un inconveniente, aceptaba que se fijase una cantidad moderada, a la que contribuirían todos los componentes de la Liga a partes iguales, y que se sumaría a las anteriormente citadas. La persona elegida por el virrey napolitano para desempeñar esta labor fue Lope de Soria. Por otra parte, el propio Cardona acudió a Innsbruck para intercambiar impresiones con el Emperador sobre el devenir de la negociación a finales de dicho año <sup>5</sup>.

Fernando el Católico dirigía el devenir de las conversaciones haciendo llegar a Lope de Soria las instrucciones pertinentes a través de Diego de Águila, su embajador en Milán <sup>6</sup>. Las gestiones realizadas dieron su fruto. El 3 de febrero de 1515 se constituía

<sup>3</sup> GALASSO, G., «L'Italia e Carlo V», *Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Juan y Alfonso de Valdés*, Roma, 1979, pp. 27-28.

<sup>4</sup> Sobre dichos contactos, véase LIEBESKIND RIVINUS, A., «Las relaciones hispano-suizas en tiempos de don Fernando el Católico y la imagen de España en los espíritus suizos de la época», *Fernando el Católico. Pensamiento político...*, pp. 233-246; LARGIADER, A., *Historia de Suiza*, Barcelona-Buenos Aires, 1953, pp. 83-90; DOUSSINAGUE, J. M., *op. cit.*, p. 114; OCHOA BRUN, M. A., *op. cit.*, IV, pp. 362-370, y AUDIN, M., *Histoire de Leon X et son siècle*, Paris, 1854, pp. 218-220.

<sup>5</sup> TERRATEIG, barón de, *Política en Italia del rey Católico, 1507-1516*, Madrid, I, 1963, pp. 557-569.

<sup>6</sup> La carta que don Fernando remitió a Lope de Soria en enero de 1515 se encuentra en RAH, 9/1951, núm. 1.

en Roma una Liga entre el papa, el emperador Maximiliano, Fernando el Católico, el duque de Milán, el de Génova y los suizos. El texto acordado era similar al establecido a finales de mayo de 1514. Se reiteraba la conveniencia de mantener la paz entre los príncipes cristianos para poder hacer frente a la ofensiva desatada por los turcos y, singularmente, se establecía la defensa de los territorios italianos. Así pues, se evitaba hacer alusión directa a la posible invasión de los mismos por parte del nuevo monarca francés, Francisco I, causa principal de su conformación. Sin embargo, los representantes helvéticos que acudieron a Roma propusieron algunas modificaciones a los capítulos concertados, referidas a su negativa a prestar juramento al cumplimiento de éstos, a participar en la sufragación de los gastos que se produjesen, y a procurar limitar la movilidad y contingente de sus tropas. La necesidad de contar con los suizos para frenar el expansionismo francés forzaba a los integrantes de la Liga a concretar su participación en cada uno de los puntos expuestos. Esto hacía necesario especificar la activación de la misma en el caso de que Francisco I lanzase la ofensiva. La indecisión de León X de formar parte de un tratado que reflejase explícitamente un enfrentamiento con la Monarquía gala motivó que las negociaciones con los suizos se desarrollasen en Zurich por parte de Lope de Soria junto a los embajadores de Maximiliano y el duque de Milán. Así pues, el 8 de febrero de 1515, los helvéticos quedaban definitivamente vinculados a la Liga<sup>7</sup>. Ramón de Cardona asumía el cargo de Capitán General de los ejércitos de la misma. Por su parte, Soria recibía el nombramiento de continuo de la Casa de Maximiliano I como recompensa a su actuación. Posteriormente, tras la muerte de éste, quedó incorporado al servicio de su nieto Carlos<sup>8</sup>.

En abril de 1516, Lope de Soria emprendía su viaje de regreso al lado de Cardona. Carlos I encomiaba ante el virrey los valiosos servicios prestado por éste, y señalaba su deseo de otorgale alguna merced cuando llegase a Castilla<sup>9</sup>. No obstante, con anterioridad a que se produjese este evento, el joven rey nombraba a Soria merino de Tudela, su ciudad natal<sup>10</sup>. Respecto a esta cuestión, surgieron diversas dificultades. En primer lugar, una de las cláusulas del título especificaba que la merced se otorgaba con la

<sup>7</sup> GATTONI, M., *Leone X e la geo-politica dello Stato pontificio (1513-1521)*, Città del Vaticano, 2000, pp. 89-102. Respecto a su conformación, véase los documentos publicados por DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político...*, pp. 402-411, y TERRATEIG, barón de, *Política en Italia...*, I, pp. 527-535 y 586-589.

<sup>8</sup> El nombramiento fue despachado en Innsbruck el 20 de marzo de 1515 (RAH, 9/1954, núm. 263). Respecto a la labor desarrollada por Cardona, véase CODOIN, vol. 23, pp. 50-64; BALLESTEROS-GAIBROIS, M., *Ramón de Cardona colaborador del Rey Católico en Italia*, Madrid, 1953, *passim*.

<sup>9</sup> Igualmente, Lope de Soria era portador de instrucciones para Cardona (RAH, 9/1951, núm. 2).

<sup>10</sup> El linaje de los Soria estaba constituido por los descendientes de Fortún López, quien reconquistó dicha ciudad a los musulmanes. El rey aragonés Alfonso I le encomendó dicha población y le otorgó el privilegio para variar su apellido por el nombre de la ciudad. Una rama de esta familia se estableció en Navarra. A ella pertenecía Lope de Soria, a quien Carlos V concedió el águila exployada que figura en su escudo. Don Lope fue padre de Miguel de Soria, que contrajo matrimonio con Victoria Ligor (GARCÍA CARRAFA, Alberto y Arturo, *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, vol. 83, Madrid, 1941, pp. 142-146, y DE HUARTE, J. M., y DE RÚJULA, *Nobiliario del Reino de Navarra*, Madrid, I, 1923, p. 348).

condición de que el beneficiario no fuese clérigo de corona. Posteriormente a su designación, Soria solicitaba al Rey que se le dispensase de este requerimiento para poder gozar del oficio. El motivo de la confusión generada se encontraba en que cuando se realizaron las informaciones, Lope de Soria estaba casado con Isabel de Sarriá. Tras enviudar, realizó los votos, pero renunció ante el secretario Antonio de Villegas de servirse de su nuevo estado para declinar la jurisdicción real o para cualquier otro uso. Carlos I concedió a Soria su petición, pero quedaba condicionado a mantener la dicha dejación <sup>11</sup>. Asimismo, el 28 de febrero de 1517, don Carlos se dirigía al cardenal Cisneros a causa de la provisión de dicho oficio, puesto que el regente había favorecido con el mismo a Juan de Navarra y Mendoza. Por su parte, el Rey insistía en su deseo de que Soria fuese recompensado <sup>12</sup>.

Antes de retornar a Nápoles, en cumplimiento con sus labores como comisario del Reino, acudió a Castilla para atender diversas cuestiones, entre las que se encontraba las referidas a las tropas castellanas residentes en el mismo <sup>13</sup>. Si bien, a finales de 1516, Ramón de Cardona mostraba su contentamiento por contar con los servicios de Soria para solventar estos asuntos, a comienzos del año siguiente, mostraba su impaciencia para que acelerase su marcha. El virrey estimaba excesiva la estancia de Soria en Castilla, puesto que, al considerar improbable su disponibilidad, había enviado a Francisco Muñiz para que se encargase de realizar las gestiones pertinentes <sup>14</sup>.

### *Lope de Soria y la elección imperial de Carlos V*

En abril de 1519 se despachaba la orden por la que Lope de Soria debía acudir a Roma, designado por Carlos I, para hacer frente a una destacada misión. Tenía que acompañar al embajador ante la Santa Sede, Luis Carrot de Vilaragut, y lograr entre ambos que el pontífice León X se decidiese a apoyar la elección imperial del candidato Habsburgo <sup>15</sup>. La hostilidad del papa Medecis, que, siguiendo un comportamiento vaci-

<sup>11</sup> Véase la carta que Carlos I remitió a Soria desde Bruselas el 20 de noviembre de 1516 (RAH, 9/1951, núm. 3).

<sup>12</sup> CEDILLO, conde de, *El Cardenal Cisneros*, Madrid, II, 1928, p. 552.

<sup>13</sup> Sobre el trasfondo político de estas cuestiones, véase GALASSO, G., *Alla periferia dell'Impero. Il Regno di Napoli nel periodo spagnolo (secoli XVI-XVII)*, Torino, 1994, pp. 47-53. En torno a los cargos que Soria ocupaba en Nápoles, véase RAH, 9/1954, núm. 262; PEDIO, T., *Napoli e Spagna nella prima metà del cinquecento*, Bari, 1971, p. 428.

<sup>14</sup> El enfado de Cardona se fue incrementando a medida que pasaban los meses (RAH, 9/1954, núms. 180-183). En septiembre de 1517, Carlos I informaba al Lugarteniente del Protonotario Lope de Soria de su llegada a Villaviciosa (*ibid.*, «Salazar», A-17, fol. 24; FORONDA Y AGUILERA, M., *Estancias y viajes del emperador Carlos V*, Madrid, I, 1914, p. 96).

<sup>15</sup> En la carta que Carlos I remitió al papa, fechada en Barcelona el 17 de abril, refería: «... determinamos enviar a Vuestra Beatitud a Lope de Soria, uno de nuestros familiares, muy querido de nos...» (NÚÑEZ DE CONTRERAS, L., *Un registro de la cancellería de Carlos V. El Ms. 917 de la BNM*, Madrid, 1965, p. 233).

lante y ambiguo, había mostrado su inclinación hacia la elección de Francisco I, se tornaba en complacencia en junio de dicho año, cuando se convenció de la inviabilidad de otras opciones <sup>16</sup>. En el transcurso de estos meses, la labor diplomática fue intensa. Lope de Soria llegaba a Roma el 5 de mayo <sup>17</sup>. Su cometido estaba referido a convencer a León X de la conveniencia de que apoyase la designación de don Carlos. Para ello, en las instrucciones remitidas se insistía en que debía transmitir al papa el deseo del candidato de favorecer y servir a la Iglesia de la misma manera que lo habían hecho sus antepasados. Igualmente, convenía que trajese a su memoria las gestiones realizadas en vida de su abuelo para que recayese en don Carlos el título de Rey de Romanos, así como a la seguridad dada de que no se generarían problemas en torno a la investidura del reino de Nápoles. Por último, el embajador debía recalcar la intención de Carlos I de atender los asuntos propios del pontífice, referidos tanto a Florencia como a sus familiares <sup>18</sup>.

Además de este enjundioso asunto, Soria debía atender igualmente otras cuestiones durante su estancia en Roma. Así, portaba credenciales para tratar con el cardenal de Medecis, vicescanciller del pontífice, la provisión del deán de Besançon en el obispado de Palermo. Su actuación estaba referida a lograr que éste resignase dicha dignidad, mientras que Luis Carrot de Villaragut procuraría del pontífice la ratificación correspondiente. Si bien este asunto se consideraba cerrado a finales del mes de junio, cuando se hizo efectiva la elección imperial, el cardenal de San Sixto detuvo el despacho de la provisión. La causa de su reclamación se encontraba en que los comisarios destinados en Alemania le habían ofrecido la posesión de la prelacía de Palermo en pago a los servicios prestados a los intereses carolinos <sup>19</sup>.

Finalizadas sus actividades en la Ciudad Eterna, Lope de Soria viajaba a Castilla para entrevistarse con Carlos I. Si bien su primer destino era Alemania, su traslado se vio interrumpido por una indisposición que le hizo permanecer en Florencia <sup>20</sup>. En dicha ciudad recibió la instrucción de Luis Carrot respecto a las explicaciones que debía

---

Con la misma fecha, el Rey remitió una carta al cardenal de Cornaro para que apoyase las gestiones de Soria (RAH, 9/1951, núm. 5).

<sup>16</sup> Tampoco consideraba conveniente la elección del monarca francés, puesto que prefería la designación de un elector del Imperio. No obstante, en la disyuntiva entre Francisco I y Carlos I, se inclinaba por el primero, sobre todo para evitar la unión del reino de Nápoles y del título imperial en una misma persona. En torno a estas cuestiones, véase SERRANO, L., «Primeras negociaciones de Carlos V, rey de España, con la Santa Sede (1516-1518)», *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma*, 2 (1914), pp. 21-96; TERRATEIG, barón de, «La embajada de España en Roma en los comienzos del reinado de Carlos V (1516-1519)», *Anales del Centro de Cultura valenciana*, 19 (1958), pp. 163-168, y NÚÑEZ CONTRERAS, L., *op. cit.*, pp. LXX-LXXVI.

<sup>17</sup> Así lo informaban los embajadores Jerónimo de Vich y Luis Carrot a Carlos I (*ibid.*, pp. 234-235; TERRATEIG, barón de, «La embajada de España...», pp. 165, 170 y 202-203).

<sup>18</sup> Las Instrucciones fueron despachadas en Barcelona el 17 de abril de 1519 (RAH, 9/1951, núm. 6).

<sup>19</sup> *Ibid.*, núm. 4.

<sup>20</sup> Véase la carta que le dirigió Luis Carrot el 1 de julio de 1519, insistiendo en que no regresase a Roma, pues esto retrasaría su ida a Castilla (*ibid.*, 9/1954, núm. 222).

procurar al Rey en torno a las negociaciones efectuadas por dicho embajador y por Jerónimo de Vich con el papa, así como de los aspectos acordados en la capitulación alcanzada, y la reticencia con que el pontífice abordaba los asuntos napolitanos <sup>21</sup>. También conoció las opiniones de Vich, quien insistía en que procurase informar a don Carlos antes de que llegase el legado enviado por León X. Por otra parte, Vich se quejaba de la actitud mantenida por Carrot de Villaragut, puesto que no le había procurado la información pertinente, a pesar de que las cartas remitidas por los comisarios presentes en las deliberaciones de la elección se enviaban dirigidas a ambos conjuntamente. En este sentido, agradecía la labor efectuada por Miguel de Soria, hermano de don Lope, cuyo contacto le había permitido seguir el devenir de los acontecimientos <sup>22</sup>.

El satisfactorio resultado de sus gestiones motivó que Carlos I recompensase el trabajo realizado por Soria. Así, en mayo de 1520, escribía al virrey de Nápoles para que favoreciese el pago de quinientos ducados que Sancho de Sarriá, suegro de Lope de Soria, dejó en poder de Luis Benet, tesorero de la reina de Sicilia, antes de su fallecimiento como dote de su hija. La duquesa de Milán, heredera de la misma, debía aportar dicha cantidad, mientras que Ramón de Cardona quedaba encargado de que la gestión se realizase en conformidad de las partes <sup>23</sup>. Igualmente, su breve permanencia en la Corte fue aprovechada por el virrey napolitano para informar al monarca de los problemas existentes con el oficio de aduanero de las pecoras de Pulla <sup>24</sup>. Antes de reincorporarse al servicio del mismo, Soria siguió el desarrollo de la revuelta comunera junto a Adriano de Utrecht. Así, el 12 de junio, el cardenal de Tortosa pedía al condestable de Castilla que recibiese a don Lope para que le informase de los acontecimientos sucedidos en Burgos y sobre el castigo que se debía aplicar <sup>25</sup>.

La muerte de don Ramón de Cardona, acaecida en marzo de 1522, propició el nombramiento de Carlos de Lannoy como nuevo virrey de Nápoles <sup>26</sup>. Soria continuó prestando sus servicios en dicho territorio, aunque con una marcada pérdida de favor. A sus problemas para obtener el oficio de cajero de la gabela del vino, vacante por

<sup>21</sup> *Ibid.*, núm. 223.

<sup>22</sup> Asimismo, el embajador encomendaba a Lope de Soria algunos asuntos personales, como la compra de unos caballos turcos a Joan de Medecis. La familiaridad de la relación entre ambos se reproducía con el hermano de don Jerónimo, el cardenal de Vich, quien recurrió a don Lope en diversas ocasiones (*ibid.*, núms. 243, 244, 244 bis).

<sup>23</sup> *Ibid.*, 9/1951, núm. 7.

<sup>24</sup> Véase la carta que el virrey remitió al rey en enero de 1520 (*ibid.*, 9/1954, núm. 184).

<sup>25</sup> *Ibid.*, 9/1953, núm. 166. A finales de dicho año, Adriano refería al Emperador cómo la tenencia de la fortaleza de Tudela se encontraba vacante por la muerte de Garci Pérez de Varaix. Si bien, entre otras propuestas, se encontraba la del prior de Navarra en favor de Lope de Soria, carecía de facultades para realizar la provisión (DANVILA, M., *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, Madrid, II, 1898, p. 646). Respecto a la estrecha relación que unía al cardenal con el secretario Alonso de Soria, véase GACHARD, L., *Correspondance de Charles-Quint et d'Adrien VI*, Bruxelles, 1859, p. 131.

<sup>26</sup> Isabel de Cardona recurría a la habilidad negociadora de don Lope para que representase ante Carlos V los servicios prestados por su marido con el fin de favorecer a sus hijos (RAH, 9/1954, núm. 185).

el fallecimiento de Jerónimo de Castañeda <sup>27</sup>, se unieron sus reclamaciones sobre la falta de percepción de su salario como contino. En el mes de mayo, el Emperador ordenaba que le fuese restituida la cantidad adeudada, así como una ayuda de costa semejante al montante de la misma <sup>28</sup>. El declive de su influencia en Nápoles estaba relacionado con el fallecimiento de su protector. En este sentido, el nuevo virrey debía acomodar la política del Reino a las directrices marcadas por Mercuriano de Gattinara, quien había criticado la gestión efectuada por Cardona y sus colaboradores en distintos aspectos <sup>29</sup>. No obstante, Carlos V estimó conveniente utilizar nuevamente sus dotes diplomáticas. Así, recibió orden de trasladarse a Génova para tratar con Antonio y Jerónimo Adorno. Si bien las instrucciones para realizar su cometido habían sido remitidas a Lannoy, quien estaba encargado de proporcionarle la información necesaria, Soria debía pasar por Roma para recibir los mandatos de don Juan Manuel <sup>30</sup>.

### Embajador en Génova (1522-1529)

La lucha faccional entre los Adorno y los Fregoso por el dominio de Génova motivó que ambos grupos buscasen apoyo para sus pretensiones en el exterior, por lo que, durante el siglo xv, la República se mantuvo alternativamente bajo la influencia de Francia o de Milán. Así, en 1499, la ocupación de Milán por parte de los franceses llevó a los Adorno a ofrecerse como vasallos de Luis XII. Sin embargo, desde la rebelión popular acaecida en 1506, la hostilidad de Génova frente al dominio francés se fue incrementando. A pesar del revés sufrido por la Liga conformada por el papa genovés Julio II para lograr su liberación en la batalla de Rávena (1511), Génova fue ocupada en nombre de la misma por las tropas capitaneadas por Giano Fregoso <sup>31</sup>.

No obstante, la muerte del pontífice y la desarticulación de la Liga conllevó un nuevo cambio de situación. Las milicias de los Adorno tornaron a adueñarse de la población, mientras que un miembro de dicha familia, Antoniotto Adorno, asumía la gobernación y ofrecía su vasallaje a Francia en mayo de 1513. En respuesta, Octaviano Fregoso se puso al frente de una sublevación, sustentada por algunas tropas hispanas.

<sup>27</sup> La provisión, fechada en abril de dicho año, iba acompañada por la recomendación que Carlos V hacía a Lannoy de Lope de Soria. Sin embargo, cuando ésta llegó a Nápoles, el oficio había sido vendido. En febrero de 1523, el Emperador ordenó al virrey que el mismo fuese confiscado y proveído en Soria (*ibid.*, 9/1951, núms. 11 y 23).

<sup>28</sup> Carlos V aclaraba que su falta de residencia en el oficio se debía a la reclamación efectuada por Cardona para contar con sus servicios, así como que pertenecía al grupo de cincuenta continos hispanos que residían en Nápoles. Igualmente, le concedió la posesión de dos potros de la raza real (*ibid.*, núms. 8-9).

<sup>29</sup> GALASSO, G., *Alla periferia...*, pp. 53-63; HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., *Castilla y Nápoles en el siglo xvi. El virrey Pedro de Toledo. Linaje, estado y cultura (1532-1553)*. Junta de Castilla y León, 1994, pp. 183-184.

<sup>30</sup> RAH, 9/1951, núm. 10.

<sup>31</sup> CADENAS Y VICENT, V., *El protectorado de Carlos V en Génova. La «condotta» de Andrea Doria*, Madrid, 1977, pp. 11-23.

El pacto celebrado entre éste y Ramón de Cardona establecía el auxilio de las tropas comandadas por el marqués de Pescara para liberar Génova, mientras que la designación de Octaviano Fregoso como dogo quedaba sujeta al criterio del papa León X. Así pues, en julio de 1513, Génova quedaba exenta del dominio francés <sup>32</sup>.

Los Adorno, obligados a exiliarse, iniciaron, en el mes de noviembre, acciones bélicas para volver a tomar la población, ayudados por tropas suizas y con el apoyo de Maximiliano Sforza. Por su parte, Fernando el Católico envió un agente a Génova, Ramiro Núñez de Guzmán, con la intención de esclarecer las informaciones que apuntaban la existencia de tratos secretos del dogo Octaviano Fregoso con Francia. En este sentido, el mismo procuraba que los franceses abandonasen la fortaleza de Codefa o de la Lanterna, al mostrarse inútil el asedio al que estaban sometidos desde enero de 1512 <sup>33</sup>.

Con la llegada de Francisco I al trono francés y la cambiante situación a la que se vio sometido el Milanesado, Octaviano Fregoso inició contactos con don Carlos de Borbón, condestable de Francia y gobernador de Milán, en 1515. A pesar de que el dogo genovés había alcanzado el poder gracias al apoyo procurado por las tropas hispanas y pontificias, su deseo de perpetuarse en el ejercicio del mismo le llevó a buscar el entendimiento con Francia <sup>34</sup>. Según la concordia alcanzada, en compensación por renunciar al título de dogo y ponerse bajo la tutela gala, quedaba como gobernador con carácter perpetuo y percibía diversas rentas y beneficios económicos. Si bien Maximiliano Sforza y los Adorno trataron de variar esta situación a través del empleo de la fuerza, la victoria francesa en Marignano favoreció la alianza entre Francisco I y Octaviano Fregoso, por lo que Génova quedó bajo el influjo francés en octubre de dicho año <sup>35</sup>.

Desde principios de 1519, tanto León X como Carlos I proyectaban una ofensiva conjunta sobre Génova que depusiese a Octaviano Fregoso y propiciase su sustitución por los Adorno, vinculados al Imperio <sup>36</sup>. Sin embargo, estos planes no se llevaron a cabo hasta 1521. La liberación de Génova del dominio francés estuvo directamente relacionada con el devenir de las campañas que se desarrollaban en el Milanesado. Fue, tras la victoria de Bicocca, cuando el ejército de la Liga pudo ocuparse de Génova. Las tropas hispano-pontificias, así como las aportadas por los Adorno y los Fieschi, entraron en la ciudad el 30 de mayo de 1522. Mientras que Octaviano Fregoso era conducido prisionero a Nápoles, Antoniotto Adorno asumía el título de dogo con la

<sup>32</sup> CODOIN, vol. 8, p. 261; BALLESTEROS-GABROIS, M., *op. cit.*, p. 45; AUDIN, M., *op. cit.*, p. 217.

<sup>33</sup> El establecimiento de un acuerdo entre las partes puso fin a esta situación en agosto de 1514, cuando pudieron salir las tropas que se hallaban sitiadas en el castillo. Unos meses después, la fortaleza fue demolida. En torno a las instrucciones recibidas por Núñez de Guzmán, véase DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político...*, pp. 60-62, 203-204 y 240-243.

<sup>34</sup> LEVA, G. DE, *Storia documentata di Carlo V*, Venezia, I, 1863, pp. 209-210.

<sup>35</sup> El cambio de situación conllevó la expulsión del embajador Núñez de Guzmán (DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político...*, pp. 115-116, 150 y 500-505).

<sup>36</sup> Véase la carta que don Juan Manuel remitía a Carlos V el 25 de septiembre de 1520 (DE BAEZA, G., «Vida del famoso caballero don Hugo de Moncada», CODOIN, vol. 24, Madrid, 1834, p. 302).



protección y apoyo de Carlos V<sup>37</sup>. Por su parte, Andrea Doria, que actuaba al servicio de la República de Génova, prefirió ponerse bajo las órdenes de Francisco I. Consciente el monarca francés de la importancia de contar con esta flota, ofreció a Doria un contrato por seis años, con una paga anual que oscilaba entre los veinticinco y treinta mil ducados.

En las instrucciones que Lope de Soria recibió de Lannoy se especificaba el amplio periplo que debía realizar antes de incorporarse a la embajada en Génova. Después de acudir a Roma y recibir las indicaciones del duque de Sessa, que había sustituido a Juan Manuel, debía tratar con el papa y diversos cardenales, para quienes portaba credenciales. Posteriormente, tenía que viajar a Siena y Luca previo paso por Florencia, donde recabado el apoyo del cardenal de Medecis, podría negociar mejor la contribución de dichos territorios a la conformación de la Liga contra Francia. Por último, había de ir a Milán para informar al duque y a Próspero Colonna del resultado de sus gestiones. Este último estaba encargado de advertir a Soria del estado de los asuntos de Génova, así como de los pasos que era conveniente seguir para lograr la participación de sus galeras. En este sentido, debía representar la necesidad que el Emperador tenía de las mismas para defender las costas italianas de los ataques provenientes de los musulmanes del Norte de África, especialmente de Túnez y Trípoli, cuyas incursiones provocaban efectos especialmente devastadores en Sicilia. Igualmente, la aportación de la flota genovesa era esencial para defender el comercio de los ataques corsarios, así como para hacer frente al expansionismo turco<sup>38</sup>.

El embajador llegaba a Milán el 6 de mayo de 1523. Portaba ocho mil escudos de los veinte mil con que Florencia se comprometía a contribuir. Sin embargo, la respuesta obtenida de Siena fue que enviaría a un delegado ante el duque de Sessa para representar la penuria que atravesaban a causa de los gastos efectuados en la guerra contra el duque de Urbino y Renzo de Chieri. Por su parte, Luca se había negado abiertamente a realizar cualquier aportación de dinero, aunque la posterior mediación de Sessa condujo a que se aviniesen al requerimiento. Así pues, la mayor carga de la contribución debía ser asumida por los duques de Milán y Génova<sup>39</sup>.

<sup>37</sup> LEVA, G. DE, *op. cit.*, II, p. 142. Existió una importante vinculación de los hermanos Fregoso con la cultura renacentista. En concreto, Castiglione atribuyó a Federico el mérito de haber propuesto el argumento esencial de *El Cortesano*, e hizo aparecer a Octaviano en importantes fragmentos de su obra, principalmente, en el libro cuarto. Su recuerdo perduró en el escritor tras su muerte bajo la prisión del marqués de Pescara en 1524 (CIAN, V., *Un Illustre Nunzio pontificio del Rinascimento Baldassar Castiglione*, Città del Vaticano, 1951, p. 151). La comunicación de su fallecimiento por parte de Lope de Soria a Carlos V, en *CODOIN*, vol. 26, p. 58.

<sup>38</sup> En la instrucción, Lannoy encargaba al embajador que se informase en Milán sobre si Pero Ramírez había cumplido con el encargo recibido sobre la preparación de diversas armas y equipamientos militares. En su primera entrevista con el duque de Génova, Soria debía representar el pesar que había causado la muerte de Jerónimo Adorno (RAH, 9/1953, núm. 174).

<sup>39</sup> Sobre las noticias que el abad de Nájera procuraba a Carlos V acerca de estas negociaciones, véase PACHECO DE LEYVA, E., *La política española en Italia. Correspondencia de Fernando Marín, abad de Nájera, con Carlos I*, Madrid, 1919, pp. 402-403.

De este modo, Soria se asentaba en la embajada de Génova, asumiendo un cargo que le procuraría una especial relevancia política. Si bien sus atribuciones como embajador y el trato con los banqueros genoveses constituían una enjundiosa labor, su importancia en el devenir de la política desarrollada por el Emperador en los territorios italianos venía determinada por otra cuestión. Soria se convertía en una pieza esencial de la comunicación entre Carlos V y los servidores imperiales. Su actividad en Génova le significaba como el transmisor más ágil de las noticias provenientes de Italia con destino a la Corte carolina. Sus cartas al Emperador reflejan una crónica pormenorizada de sucesos, avisos y opiniones procedentes de todos los puntos de la Península itálica. Igualmente, Carlos V solía enviar sus órdenes al embajador como vía más rápida para que éstas llegasen a su destinatario final. Sin duda, este condicionante hacía de Soria una de las personas mejor informadas de Italia, y un referente obligado de la política imperial en dichos territorios durante la segunda década de la centuria <sup>40</sup>.

No obstante, llegado a su destino, don Lope encontraba mayor resistencia de la esperada <sup>41</sup>. En julio de 1523, Carlos V hubo de alentar a Antoniotto Adorno para que contribuyese militarmente a la Liga establecida contra Francia, y le remitía a las informaciones que sobre la situación le podían proporcionar Próspero Colonna y el propio Soria <sup>42</sup>. Sin embargo, el duque supo aprovechar esta situación forzada para favorecerse en la pugna faccional que mantenía con los Fregoso. Conformada la armada, fue utilizada para arrebatar a éstos ciertos territorios que poseían en la costa. Para ello, se argumentó que proporcionaban refugio a corsarios y forajidos. Por su parte, los Fregoso hubieron de buscar cobijo para sus naves en el puerto de Marsella <sup>43</sup>.

Vencidas las reticencias del duque, el embajador hubo de afrontar los dificultosos tratos con los banqueros genoveses. Sus relaciones fueron especialmente asiduas con Ansaldo Grimaldi. En el mes de agosto, Soria informaba cómo Génova había mantenido conversaciones con el Señor de Mónaco para comprar su territorio. El negocio se había encargado a dicho banquero, pero cuando éste se disponía a concertar la transacción, el vendedor fue asesinado por uno de sus sobrinos en entendimiento con Andrea Doria. En consecuencia, Mónaco pasaba a manos de un hermano del difunto, que ostentaba el obispado de Grassa en Provenza. Los esfuerzos de Lope de Soria se centraron en obtener la adhesión del prelado al bando imperial <sup>44</sup>.

<sup>40</sup> En este sentido, las quejas de Carlos V a Lope de Soria fueron frecuentes si éste, por alguna circunstancia, se distraía en la ejecución de este cometido (CDCV, I, pp. 85-92).

<sup>41</sup> Véase la carta que Antoniotto Adorno dirigió a Carlos V, fechada el 1 de junio (RAH, «Salazar», A-28, fols. 125-128). Sobre los motivos de desconfianza de éste hacia el embajador, PACINI, A., *La Genova di Andrea Doria nell'Imperio di Carlo V*, Firenze, s. a., pp. 209-210.

<sup>42</sup> «Lo demás lo sabrán por Lope de Soria a quien tendrás la misma confianza que a nos mismo» (NÚÑEZ CONTRERAS, L., *op. cit.*, pp. 354-355). Por su parte, Fernando Marín aconsejaba al Emperador que recurriese a las amenazas para forzar a Génova al pago requerido (PACHECO DE LEYVA, E., *op. cit.*, pp. 410-411).

<sup>43</sup> DE BAEZA, G., *op. cit.*, pp. 317-319.

<sup>44</sup> Sobre el desarrollo de las conversaciones, véase CDCV, I, pp. 90-94; OCHOA BRUN, M. A., *op. cit.*, V, p. 164, y PACINI, A., *op. cit.*, pp. 205-208.

La actitud remisa mantenida por los hombres de negocios a hacer efectivos los cambios provocaban diversos problemas derivados del impago de las tropas. En los primeros meses del ejercicio de su embajada, Soria mantenía que la renuencia de Grimaldi estaba provocada por el adeudamiento de créditos anteriores. El embajador lograba recabar la ayuda del duque de Génova para presionar al banquero, si bien ambos, junto a don Hugo de Moncada, hubieron de adoptar la resolución de obligarse a la restitución del préstamo de manera personal ante la urgente necesidad de obtener fondos por la gravedad de la situación en Milán. Igualmente, rogaba a Carlos V que no se siguiese tratando desconsideradamente a los mercaderes e intermediarios de los hombres de negocios genoveses en la Corte, pues ello dificultaba las negociaciones <sup>45</sup>.

No obstante, la diversidad de intereses existentes en torno a la contribución genovesa a la guerra contra Francia vino a dificultar el cometido del embajador y a completar su visión sobre esta cuestión. Así, la euforia exhibida por don Lope cuando se produjo la conformación de una armada que, a su juicio, era suficiente para afrontar con ciertas garantías la empresa de Provenza, contrastaba con la decepción provocada por la decisión de Antoniotto Adorno respecto a su desarticulación a mediados del mes de octubre. Si bien el embajador señalaba a Carlos V que los enormes gastos que provocaba su mantenimiento, la incomparecencia de Moncada y la llegada del invierno hacían inviable la ofensiva por mar, Soria explicaba que la ineficacia de los ataques contra Francia habían incrementado las reticencias de Génova ante las previsibles represalias galas contra su tráfico comercial y, por tanto, el deseo de disminuir su participación en el conflicto bélico. En este contexto explicaba don Lope la negativa de los banqueros a hacer efectivas las cédulas de cambio si no se saldaban las deudas adquiridas con anterioridad. De esta manera, la carencia de dinero frenaba el proyecto de Moncada, llegado a Génova en noviembre, de reorganizar la armada. Así pues, ni el duque ni la comunidad de Génova mostraban, a comienzos de 1524, ningún interés en favorecer una ofensiva contra las costas galas. En este sentido, primaron los intereses económicos y comerciales de los hombres de negocios y mercaderes <sup>46</sup>.

Por ello, todos los esfuerzos realizados en este sentido por el embajador, Hugo de Moncada y el abad de Nájera fueron infructuosos. No obstante, se encontraron una mayor disposición a contribuir a la sufragación de algunas tropas de tierra <sup>47</sup>.

### *La misión en los Cantones suizos (1524)*

Para completar la proyectada ofensiva, la toma de partido de los Cantones suizos entre los contendientes tenía una especial importancia para el desarrollo de la guerra

<sup>45</sup> Para dar mayor fuerza a su petición, Soria apuntaba: «Yo temo que durará esta guerra.» En torno a estas dificultades, véase *ibid.*, pp. 211-214, y PACHECO DE LEYVA, E., *op. cit.*, pp. 454-455, 484-487 y 490.

<sup>46</sup> Véase la correspondencia despachada por Soria en estos meses en BAEZA, G. DE, *op. cit.*, pp. 335-353.

<sup>47</sup> Respecto al problemático asunto de la satisfacción de los créditos, Carlos V avisaba a Lope de Soria, el 2 de marzo de 1524, del cumplimiento del pago con Ansaldo Grimaldi (CDCV, I, pp. 93-94).

en el Milanesado. Aliados con el rey de Francia, Carlos V decidió intentar atraerlos al bando imperial. Los argumentos esgrimidos por el Emperador hacían referencia a la tradicional amistad que había vinculada a dichos territorios con las Casas de Austria y Borgoña, así como al bien común de la República Cristiana. Así, era necesario poner fin a las disputas entre los príncipes cristianos para hacer frente al expansionismo turco. Éste constituía el discurso principal de las Instrucciones que se redactaron para el embajador que debía encargarse de la negociación. Esta labor recaía en Lope de Soria, quien contaba con la experiencia derivada de su actuación diplomática ante los suizos siguiendo los mandatos de Fernando el Católico <sup>48</sup>.

Según las citadas Instrucciones, firmadas en Burgos el 25 de mayo de 1524, Soria, además de insistir ante los diputados suizos en las cuestiones referidas anteriormente, debía poner énfasis en que la guerra promovida por el rey francés era injusta, y muy útil para la ofensiva desplegada por los infieles. Para hacer frente a ésta, el Emperador había utilizado la ayuda que el Sacro Imperio le había otorgado para su coronación, pero, para que esta actuación fuese efectiva, se consideraba imprescindible contar con la alianza de los helvéticos. Asimismo, tenía que recabar su participación en la defensa del ducado de Milán y del conjunto de los territorios italianos, sin que hubiese impedimentos en la contratación de mercenarios. En este sentido, era conveniente que no participasen en el ejército galo, para evitar que combatiesen suizos entre sí. Si Lope de Soria no lograba alcanzar ningún acuerdo, había de procurar, cuanto menos, que dichos territorios permaneciesen neutrales a cambio del pago de pensiones compensatorias. Por último, si se mostraban pertinaces en permanecer fieles al bando francés, el embajador debía informarse de las razones que había para ello, así como hacer llegar el pesar de Carlos V por verse forzado a una guerra que enfrentaría a alemanes en el campo de batalla. Asimismo, se autorizaba a Soria a prometer a sus interlocutores la recuperación de todas las deudas que habían contraído con ellos los franceses a través de los bienes que les fuesen incautados, aunque sólo podía utilizar esta vía de negociación si previamente era propuesta por los suizos <sup>49</sup>.

Cumplido su cometido, Lope de Soria retornó a Génova, donde continuó mediando entre Hugo de Moncada y el duque en torno a la participación de los genoveses en la conformación de una flota poderosa. Las noticias que llegaban sobre el ataque que los galos planeaban realizar sobre el Reino de Nápoles o las costas de Cataluña habían incrementado la intranquilidad y las presiones sobre Génova. Sin embargo, los intentos

<sup>48</sup> Así lo señalaba Pedro Mártir de Anglería al obispo de Cosenza, y añadía: «El hombre inteligente, con facilidad puede colegir de las sementeras y de los frutos de los árboles cuáles han de ser las semillas que brotarán» (*Epistolario*, Madrid, IV, 1957, pp. 355-357), y OCHOA BRUN, M., *op. cit.*, V, p. 340.

<sup>49</sup> Asimismo, don Lope debía coordinar su actuación con la desarrollada por el nuncio papal y los embajadores del rey de Inglaterra, del archiduque Fernando, del duque de Milán y del resto de los representantes de los confederados. El original y una copia de dicha Instrucción se encuentran en AGS, PR, 43-10; RAH, 9/1951, núm. 31. Igualmente, Carlos V escribía a Lannoy para que aumentase el salario asignado a Soria de cincuenta ducados, puesto que no cubría los gastos (*ibid.*, núm. 34).

realizados no tuvieron un resultado distinto al obtenido en los meses precedentes. Por su parte, Carlos V reiteraba los mandatos de que no forzasen la situación hasta el extremo, sobre todo tras el estallido de una epidemia de peste en la ciudad<sup>50</sup>. Tan sólo las noticias referidas a que el Emperador preparaba una gran armada en Cartagena y de la ida del canciller Gattinara a Italia provocaron en Antoniotto Adorno una mayor predisposición a la colaboración, pero únicamente limitada a la empresa de Provenza<sup>51</sup>.

El empeño de Lope de Soria de presionar hasta los límites posibles para conseguir la aportación de la flota genovesa estaba relacionado con su convencimiento de que *las campañas desarrolladas en tierra quedarían sin efecto si no se lograba derrotar a la armada francesa*. Igualmente, advertía que, si no se conseguía tomar Marsella, los Fregoso podían volver sobre Génova, o bien, sufrir Saona la ofensiva gala. Los temores del embajador se hicieron realidad en los primeros días de 1525. El asedio que los franceses impusieron a la ciudad alimentaba la intranquilidad, y se incrementaban los rumores sobre el estallido de una revuelta<sup>52</sup>. Así, el 2 de febrero se reunió un Consejo General, que acordó acabar con las parcialidades entre Adornos y Fregosos, deponer al duque, y diputar doce ciudadanos que entendiesen en el gobierno de Génova bajo el título de Unión. Tanto Antoniotto Adorno como el embajador decidieron aceptar esta mutación, así como el dinero que ofrecía la ciudad para su defensa, ante la ausencia de alternativas y el peligro de propiciar una situación de mayor perjuicio con su resistencia<sup>53</sup>.

### *Clemente VII y Venecia*

La victoria del ejército imperial en Pavía y la captura de Francisco I propiciaron un cambio radical en la situación. La rapidez en la transmisión de noticias, factor primordial de la labor de Soria, se puso de manifiesto en esta ocasión, puesto que el embajador informaba a Carlos V de los acontecimientos sólo un día después de que

<sup>50</sup> En este sentido, el embajador informaba, en agosto de 1524, de la imposibilidad real por parte de los genoveses de responder a la exigencia de un mayor esfuerzo. Asimismo, el 14 de octubre, el infante don Fernando comunicaba a Soria el fracaso de las negociaciones con los suizos. En torno a estas cuestiones, véase *ibid.*, 9/1953, núm. 116, y DE BAEZA, G., *op. cit.*, pp. 353-360 y 399-400.

<sup>51</sup> El condestable de Borbón envió al hijo del duque para que convenciese a su padre de la necesidad de esta contribución (*ibid.*, pp. 362-372, 380-383; RAH, 9/1951, núm. 30).

<sup>52</sup> Don Lope informaba pormenorizadamente a Carlos V de los movimientos de las tropas en mar y tierra, así como de los esfuerzos personales realizados por el duque, Moncada, y él mismo para conseguir los fondos necesarios para incrementar el número de naves que compusiesen la flota aportada por Génova. Asimismo, el 30 de enero refería cómo Hugo de Moncada había caído prisionero, junto a Bernabé Adorno, del marqués de Salucio, y del excelente comportamiento del capitán Portundo, a quien recomendaba como capitán general de las galeras (*ibid.*, núm. 38; DE BAEZA, G., *op. cit.*, pp. 407-411, 419-421 y 426-441).

<sup>53</sup> Esta forma de actuación mereció la aprobación de Gattinara (PACINI, A., *op. cit.*, pp. 215-217; BRANDI, K., *Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen. Berichte und Studien zur Geschichte Karls V XVII. Nach Pavía*, Göttingen, 1939, p. 208).

lo hiciese Lannoy, uno de los protagonistas de la batalla. Contando con la ventaja de encontrarse en Génova, su misiva pudo ser recibida en la Corte con anterioridad a la de éste. Para Soria, había llegado el momento de que el Emperador, cuyo poder se encontraba fortalecido, impusiese la paz entre los príncipes cristianos, y se ocupase de poner ley y orden en la Cristiandad en uso de su preeminencia<sup>54</sup>. En cartas sucesivas, el embajador apuntaba a Carlos V la conveniencia de que tomase bajo su control la ciudad y puerto de Marsella. Así, se evitaba la actuación de los corsarios albergados en el mismo, y, por ende, se favorecía el objetivo prioritario de dominar el Mediterráneo occidental. Igualmente, aludía al convencimiento que existía en toda Italia sobre la llegada de Carlos V para coronarse Emperador, así como a la extendida opinión de que se contaba con una situación propicia para ello<sup>55</sup>.

En cuanto a la situación que se vivía en Génova, Soria apuntaba que aquellos que promovieron la Unión habían desistido de continuar por esta vía, pero la intervención del datario papal y del propio pontífice, que se había ofrecido a favorecer sus pretensiones, habían provocado que se reavivase esta opción. Mientras que la reforma contaba con el apoyo de los Fregoso, la facción de los Adorno se mostraba dispuesta a defender el gobierno ducal. Por su parte, Lope de Soria resaltaba que la cuestión principal era mantener a Génova vinculada al servicio de Carlos V, y para ello, estimaba una solución menos fiable la conformada por la Unión que el mantenimiento del gobierno en manos del duque. En este sentido, apuntaba que la intranquilidad se había apoderado de los potentados italianos, quienes trataban de unirse ante el temor de que el Emperador represaliase a alguno de ellos por su actuación durante la guerra con Francia. Para acabar con esta inquietud y esclarecer sus intenciones, Carlos V concertó una nueva Liga con Clemente VII y con los dichos potentados a través de Joan Bartolomeo Gattinara<sup>56</sup>. Por otra parte, comenzaba a aparecer en la correspondencia de Soria una actitud crítica ante las actuaciones pontificias, que contrastaba con la satisfacción que don Lope mostró, como el conjunto de servidores imperiales, tras la elección de Clemente VII como nuevo papa<sup>57</sup>.

Asimismo, Soria hubo de afrontar diversas actividades relacionadas con el paso por Génova de Francisco I en su traslado a Nápoles. Por una parte, debía vigilar la armada

---

<sup>54</sup> La carta remitida por don Lope a Carlos V el 26 de febrero de 1525 se encuentra en CDCV, I, pp. 96-98. En este sentido, hemos de señalar que contaba con un importante número de informadores y espías (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Italia desde la batalla de Pavia al Saco de Roma*, Madrid, 1885, pp. 8-12).

<sup>55</sup> En concreto, la llegada del Emperador se esperaba para el verano. A comienzos de julio, Antoniotto Adorno se ofrecía para organizar su traslado (*ibid.*, pp. 78, 80-81). Por su parte, Carlos V mostró su disposición a ir a Italia tras la firma del tratado de Madrid (MARINO, P., *Tratados internacionales de España. Carlos V, III-III, Francia (1525-1528)*, Madrid, 1986, p. LXXVII).

<sup>56</sup> RODRÍGUEZ VILLA, A., *op. cit.*, pp. 28-34, 36; BALAN, P., *Clemente VII e l'Italia de suo tempi*, Milano, 1887, pp. 14-17.

<sup>57</sup> El 21 de noviembre de 1523, Soria reflejaba este sentimiento en una carta escrita al secretario Alonso de Soria (PACHECO DE LEYVA, E., *op. cit.*, p. 476). Igualmente, informaba cómo tres cardenales franceses habían sido trasladados al cónclave por Andrea Doria (DE BAEZA, G., *op. cit.*, pp. 323-324 y 326-327).

gala, que buscaba la ocasión propicia para liberar al prisionero en el viaje por mar. En consecuencia, el embajador, siguiendo las órdenes de Lannoy, debía aprestar una escuadra que proporcionase una escolta para efectuar una navegación segura. Por otra, trató de mediar en los problemas surgidos por el alojamiento en la ciudad de la tropa conformada por tres mil infantes que acompañaba a Francisco I y al dicho virrey <sup>58</sup>.

Por otra parte, Soria, siempre bien informado, comunicaba a Carlos V que la situación política en los territorios italianos distaba de encontrarse tranquila. Apuntaba cómo le habían llegado avisos de distinta procedencia sobre la conjura organizada por Clemente VII, Venecia, el duque de Milán y otros potentados para oponerse al dominio logrado por el Emperador tras la victoria de Pavía. Jerónimo Morone, Gran Canciller de Milán, había iniciado los intentos de atraer al marqués de Pescara en mayo de 1525. Éste únicamente había informado a Antonio de Leyva y al duque de Sessa. Sin embargo, el embajador tenía conocimiento de este asunto en el mes de julio <sup>59</sup>. En este sentido, Soria señalaba que, desde Roma, se habían realizado ofrecimientos al duque de Génova para que se uniese a la confabulación. En su opinión, los principales instigadores de la misma eran los venecianos, a quienes interesaba menoscabar el poder de Carlos V en Italia a través de mantener su enfrentamiento con Francisco I, o bien, haciendo surgir nuevos conflictos que favoreciesen sus propósitos <sup>60</sup>. Soria se mantuvo en constante comunicación con el marqués de Pescara, y así, el 17 de octubre informaba al Emperador del apresamiento de Morone. La medida contaba con la aprobación de don Lope, quien estimaba que era el medio propicio para descubrir al resto de los implicados. Igualmente, informó, según su costumbre, de la ocupación militar de diversas plazas en el Milanesado. La muerte de Pescara, a finales de dicho año, provocaba en el embajador cierta intranquilidad respecto a quién se cometería el mando del ejército. La causa de su desasosiego se encontraba en las informaciones que había recibido en torno a la existencia de desavenencias entre Antonio de Leyva y el marqués del Vasto, aunque, posteriormente, el propio Soria se ocupaba de desmentir este rumor. También alimentaba su preocupación el conocimiento de que Francia seguía aumentando su armada, así como el poco respeto que se tenía a la tregua vigente, señaladamente, por parte de Andrea Doria. Apuntaba que si no se lograba alcanzar un acuerdo firme y duradero con Francisco I, Génova, cuyo potencial defensivo era muy escaso, se encontraba en grave peligro <sup>61</sup>.

<sup>58</sup> Además de los desmanes de la soldadesca, don Lope refería: «el Rey amuestra estar alegre, y tiene mucha esperanza en la misericordia y Real corazón de V. M.» (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Italia...*, pp. 38-39, 52 y 56-59). Sobre el enfrentamiento que este traslado ocasionó entre Lannoy y el duque de Borbón, véase *ibid.*, p. 65; CODOIN, vol. 23, p. 70.

<sup>59</sup> En estos días, Pescara decidió enviar a la Corte a su secretario, Giovanni Battista Castaldo, para recibir las órdenes de Carlos V (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Italia...*, pp. 80, 82; CADENAS Y VICENT, V., *La herencia imperial de Carlos V en Italia: el Milanesado*, Madrid, 1978, pp. 241-247; BALAN, P., *op. cit.*, pp. 17-20).

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 25; RODRÍGUEZ VILLA, A., *op. cit.*, pp. 86-87.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 93-94, 96-97, 102-103 y 108-110; CADENAS Y VICENT, V., *La herencia...*, pp. 293-295; CDVC, I, pp. 115-117.

Las críticas de Lope de Soria a la actitud mantenida por Clemente VII y Venecia se fueron recrudeciendo a medida que, en los meses siguientes, se percibía el comienzo de una nueva guerra en los territorios italianos<sup>62</sup>. En junio, el embajador informaba a Carlos V de la concentración de tropas que se estaba llevando a cabo en Piacenza para iniciar las hostilidades contra el ejército imperial, así como del movimiento de soldados al servicio del papa sobre Lodi. En este sentido, Soria demandaba del Emperador un castigo ejemplar para Clemente VII<sup>63</sup>. Por otra parte, el estallido de un nuevo conflicto armado conllevaba que el embajador comenzase a insistir en los mismos aspectos que le habían preocupado en los años precedentes: la necesidad de dinero para sufragar la guerra y la conformación de una flota poderosa<sup>64</sup>.

El cerco establecido sobre Génova por la armada conjuntada por el papa y Venecia, a la que se habían unido la capitaneada por el conde Pedro Navarro, dificultaba enormemente la llegada de alimentos a la ciudad, así como su comunicación con el exterior. El embajador requería que se aprestase la flota bajo el mando de Lannoy para poder hacer frente a esta situación. Sin embargo, la poca efectividad de la misma provocó que, a comienzos de 1527, comenzasen a aparecer en Génova opiniones tendentes a buscar un entendimiento con Francia. Asimismo, Soria se lamentaba de que la retirada del virrey de Nápoles y del ejército de Frosolón hubiese hecho fracasar los intentos de Cesare Fieramosca por alcanzar una concertación con el pontífice. Ésta se había planteado como un armisticio, en el que, durante tres años, los territorios y dominios quedasen en manos de quien tuviese su posesión en el momento de establecer el acuerdo. Igualmente, Fieramosca había exigido que la familia Colonna fuese restituida en sus vasallos y bienes, así como la reintegración del cardenal Colonna en manos de Carlos V. El papa y Florencia se obligaban a pagar doscientos mil ducados, mientras que el Emperador fijaría la cantidad que había de dar Venecia. Como garantía de la concordia, Clemente VII entregaría en tercería Parma, Piacenza y Civitavecchia. Si bien los vene-

<sup>62</sup> El 24 de mayo de 1526, el embajador refería a Carlos V: «Del papa ni venecianos no hay hasta agora algún movimiento; pero todo el mundo está soleado esperando que se mueva alguno para tomar las armas contra el ejército de V. M. y esto tenga por cierto y no le den a entender otra cosa» (RODRÍGUEZ VILLA, A., *op. cit.*, p. 124). Meses después insistía en que no debía dejarse engañar sobre las intenciones del papa (ídem, *Memorias para el asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial*, Madrid, s. a., pp. 34-35).

<sup>63</sup> «... Y todo el daño que V. M. pueda hacer a Su Santidad, parece que será lícito hacer, considerada su ingratitud y el poco respeto que tiene al servicio de Dios y bien de los cristianos; y pues a solo V. M. toca castigar al pontífice que no hace lo que debe (...) pues haciéndolo desta suerte sería servicio de Dios y bien de todos los cristianos y exemplo para que no presumiendo de pontífices usurpen la autoridad a los emperadores, ni fagan ligas para quitarles los estados...» (*ibid.*, pp. 16-17 y 19); OCHOA BRUN, M. A., *op. cit.*, V, p. 167.

<sup>64</sup> Igualmente, prestaba una especial atención al seguimiento del proceso contra el duque de Milán. En julio, Carlos V remitió a Soria cien mil ducados para que los hiciese llegar al duque de Borbón. No obstante, el emperador advertía que se debían administrar muy bien, puesto que no había posibilidad de obtener más dinero (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Italia...*, pp. 134-135, 144-145 y 152; PACINI, A., *op. cit.*, pp. 217-222, y BRANDI, K., *op. cit.*, p. 192).



cianos no se habían mostrado proclives a aceptar estas condiciones, la retirada del ejército imperial a Gaeta no sólo había disminuido la presión para que se aviniesen al concierto, sino que había provocado que, con ánimos renovados, se proyectase una contundente ofensiva contra el Reino de Nápoles <sup>65</sup>.

A comienzos de mayo de 1527, en Génova se preparaba una empresa para recuperar Saona de manos de los franceses. La ciudad solicitó la ayuda de las tropas que se encontraban bajo el mando de Antonio de Leyva, con el fin de poder realizar una expedición dirigida por el conde Bautista Lodrón y fray Gabriel Tadino de Martinengo, prior de Barletta. También se demandaba a Lope de Soria que se uniese a la misma, pero éste señalaba a Carlos V que sólo lo haría si el duque y la comunidad se comprometían a no realizar ninguna innovación durante su ausencia. No obstante, todas las prevenciones y esfuerzos realizados por el embajador para mantener sin mutaciones el gobierno de Génova fracasaron. El duque concertaba con la comunidad la conformación de la Unión, con lo que la ciudad pasaba a gobernarse como una República. Si bien este cambio se presentaba como un medio de superar las divisiones faccionales entre Adornos y Fregosos, don Lope, como había sucedido en los años precedentes, se oponía a esta solución por considerar que perjudicaba los intereses de Carlos V para mantener un dominio estable sobre dichos territorios. A pesar de que Soria advertía que realizar esta transformación sin contar con el beneplácito del Emperador podía traer perjuicios a la ciudad, el duque argumentaba la imposibilidad de mantener la situación, que se podía tornar muy perjudicial para los intereses imperiales por el cansancio de los ciudadanos en relación con las rigurosas condiciones a las que estaban sometidos. Sin embargo, la opinión del embajador era que tanto el duque como la comunidad se dejaban engañar mutuamente. En el caso de Antoniotto Adorno, movido por la codicia ante la esperanza de recibir sustanciosas rentas, sin percatarse de que, establecido el gobierno de la Unión, sería expulsado a causa de encabezar una de las facciones políticas <sup>66</sup>. Por su parte, los ciudadanos hacían promesas al duque y al Emperador de mantenerse fieles a su causa, pero, según el criterio de don Lope, sólo buscaban la ostentación del poder, sin percibir que su encumbramiento no sería consentido por los gentileshombres, quienes perdían sus preeminencias. Así, alentaba a Carlos V a tomar la ciudad por la fuerza e imponer un gobernador que sirviese a sus intereses, puesto que la comunidad no tendría escrúpulos en buscar la alianza con el papa o con el rey de Francia, sobre todo, si ello suponía recuperar Saona. Si bien consideraba que sólo se podía impedir la Unión con una imposición imperial, estimaba que no era el momento propicio, puesto que se podrían producir alteraciones. La cercanía de los

<sup>65</sup> Sobre las noticias procuradas por Soria a Carlos V, véase RODRÍGUEZ VILLA, A., *Italia...*, pp. 162-164, 170, 174, 185-186 y 196-198; ídem, *Memorias...*, pp. 71-72, 89-90 y 93-94; CODDIN, vol. 26, pp. 60-64 y 67-69; CADENAS Y VICENT, V., *La herencia*, p. 296; ídem, *El saco de Roma de 1527 por los ejércitos de Carlos V*, Madrid, 1974, pp. 155 y 163-165; BAEZA, G. DE, *op. cit.*, pp. 448-449; BALAN, P., *op. cit.*, pp. 46-49.

<sup>66</sup> Esta opinión de Soria sobre la ambición, poca visión política y carencia de dotes de gobierno del duque se reiteró en diversas cartas. Véase, por ejemplo, RAH, «Salazar», A-45, fol. 349.

franceses había determinado que las novedades en el gobierno de Génova no se hiciesen públicas, por lo que aconsejaba a Carlos V que tratase de atraer a algunos ciudadanos de especial relevancia a través de la concesión de mercedes. Así mismo, advertía que obtener estas informaciones había sido dificultoso, puesto que en Génova se le trataba con desconfianza, y procuraban mantener las negociaciones ajenas a su conocimiento <sup>67</sup>. Además, seguía insistiendo sobre la necesidad de conformar una armada con el mayor contingente de naves posible, y en la provisión de un capitán general para la misma, ante la negativa de Hugo de Moncada de hacerse a la mar <sup>68</sup>.

Sin embargo, el interés se centraba en las noticias que llegaban de Roma sobre el avance de las tropas imperiales, así como de la toma y saqueo de la ciudad. Consumados los hechos, Soria aconsejaba a Carlos V que buscara la paz con el pontífice, sin desestimar la posibilidad de acometer una reforma de la Iglesia que impidiese nuevos intentos de hacer frente al poder imperial. En su opinión, la autoridad del papa debía quedar limitada únicamente a la esfera espiritual, y quedar despojado de su poder temporal <sup>69</sup>. En este sentido, apuntaba la conveniencia de que pasasen a manos imperiales diversas fortalezas situadas en tierras de la Iglesia, sin que con ello se agraviasen a Florencia. De este modo, se podría doblegar con mayor facilidad la voluntad del pontífice <sup>70</sup>.

La continuación de la guerra en Lombardía suponía tener que afrontar dos graves dificultades. La primera estaba referida a la angustiada carencia de dinero. Carlos V insistía ante don Lope en la necesidad de realizar una estricta administración de los escasos recursos disponibles. En este sentido, la actitud de los banqueros genoveses volvía a estar marcada por la desconfianza de recuperar los créditos, que se vieron restringidos hasta 1528 <sup>71</sup>. Por otra parte, aunque en relación directa con lo expuesto, preocupaba al embajador la anarquía reinante en el ejército, que se encontraba mal

<sup>67</sup> La amplia relación que Soria remitió al Emperador sobre este tema, fechada el 8 y 11 de mayo de 1527, en *ibid.*, A-40, fols. 386-397.

<sup>68</sup> CODOIN, vol. 26, pp. 69-71; DE BAEZA, G., *op. cit.*, pp. 459-460. Por su parte, el Emperador utilizaba al gran transmisor de noticias que era Soria para dar a conocer en Italia el nacimiento del príncipe Felipe (CDCV, I, p. 123).

<sup>69</sup> «... debe V. M. tener por bien de procurar la paz con el Papa. (...) Y si le parece que la Iglesia de Dios no está como debe y que la grandeza que tiene de estado temporal le da atrevimiento para solear pueblos y convocar príncipes para hacer guerras, pienso que sin pecado puedo acordar a V. M. que no lo sería reformatla, de suerte que tuviese por bien de atender a lo espiritual y dexar lo temporal a César, pues de derecho lo de Dios debe ser de Dios y lo de César de César. Yo me acuerdo en veinte y ocho años que estoy en Italia haber visto todas las guerras causadas por los pontífices, temiendo que estando conformes y en paz los príncipes seculares atendiesen a su reformación; (...) parece que V. M. sea obligado (...) de quitar la causa para que cesen tantos malos efectos» (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, pp. 100-103 y 166-167); PASTOR, L., *Historia de los Papas*, Madrid, IX, 1911, pp. 360-361, y BATAILLON, M., *Erasmus y España*, Madrid, 1991, p. 364.

<sup>70</sup> En concreto, señalaba a las de Ostia, Civitavecchia y Liorna (RAH, «Salazar», A-40, fols. 436, 440).

<sup>71</sup> En torno a esta cuestión, véase, CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, III, 1967, pp. 68-69; PACINI, A., *op. cit.*, pp. 223-239; DE LEVA, G., *op. cit.*, II, pp. 445-446. Sobre los continuos compromisos incumplidos de armar galeras, Soria advertía a Carlos V que no confiase en ellos, «porque no vienen a luz todas las cosas que se prometen en Génova» (RAH, «Salazar», A-40, fols. 436, 440).

pagado y huérfano de dirección ante la renuencia de diversos servidores imperiales a aceptar el cargo de capitán general <sup>72</sup>.

### *Las relaciones con Andrea Doria*

Los intentos de Lope de Soria por atraer a Andrea Doria al servicio de Carlos V se remontaban al verano de 1523, cuando entablaba conversaciones con Jerónimo Doria para alcanzar este objetivo <sup>73</sup>. Sin embargo, la asociación entre Francisco I y el marino genovés permaneció inmutable hasta 1526. Los negativos resultados de la batalla de Pavía para los intereses franceses, la inactividad y los grandes gastos que debía soportar, le llevaron a solicitar quedar exonerado del compromiso para pasar al servicio del pontífice. Fue en este intervalo temporal cuando Soria, siguiendo las instrucciones de Lannoy, reiteraba sus esfuerzos por alcanzar un acuerdo con Doria. No obstante, como en la ocasión precedente, sus gestiones fueron infructuosas <sup>74</sup>. Tampoco vino a favorecer el entendimiento entre el almirante y los servidores imperiales el saqueo efectuado en tierras pertenecientes a la Casa Doria por las tropas enviadas por el duque de Borbón en su camino hacia Mónaco. Por contra, los ataques de Andrea Doria a los barcos que se encontraban al servicio de Carlos V condujeron a don Lope a acusar al mismo de romper la tregua vigente. En este sentido, la publicación del armisticio en Génova hubo de hacer frente a algunos inconvenientes. La ciudad se encontraba despoblada a causa del surgimiento de una epidemia de peste, por lo que se desestimó la organización de un acto público con este fin. No obstante, el embajador señalaba que el documento había despertado reticencias. Los genoveses dudaban hallarse comprendidos en el mismo, puesto que no constaba una mención específica en sus capítulos. Además, no había sido bien acogida la denominación genérica de súbditos, por estimar más conveniente su nominación como confederados <sup>75</sup>. Sin embargo, la poca efectividad de la tregua se evidenció en los meses siguientes, en los que Andrea Doria recrudeció sus ataques contra los intereses imperiales. Sus actividades merecieron que Soria le calificase de pirata, y recomendase su castigo y desarme <sup>76</sup>.

La conformación de la Liga Clementina y la reanudación de la guerra conllevaron que, en las cartas que el embajador dirigía a Carlos V, se reiterasen las noticias sobre

<sup>72</sup> RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias*, pp. 228-229, 251 y 302.

<sup>73</sup> RAH, «Salazar», A-28, fol. 586. Por su parte, Carlos V ordenó al embajador que no tomase la iniciativa en la negociación (CDCV, I, pp. 90-91 y 94).

<sup>74</sup> El 2 de marzo de 1525, Soria refería: «helo hablado con un pariente suyo para que lo platique con él» (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Italia...*, p. 15).

<sup>75</sup> El 14 de septiembre de 1525, Soria refería: «Yo les doy a entender lo mejor que puedo que siendo Génova tierra del Imperio que se entender por súbditos de V. M. Y no por otra cosa, y que con esto se comprehenden en la dicha tregua» (*ibid.*, pp. 81, 82 y 87-88).

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 123.

los perjuicios causados por Doria en diversas plazas y puertos<sup>77</sup>. Precisamente por ello, don Lope siempre fue consciente de los enormes beneficios que se derivarían para los intereses imperiales si se lograba atraerle al servicio de Carlos V. Así, producida la toma y saqueo de Roma, el embajador veía una nueva oportunidad de alcanzar una concertación a través de la promesa de cubrir la deuda que con él habían adquirido el papa y el rey de Francia. Así, aconsejaba al virrey de Nápoles y al abad de Nájera que iniciasen las negociaciones<sup>78</sup>.

Sin embargo, en julio de 1527, Doria volvía a ponerse bajo las órdenes de Francisco I<sup>79</sup>. El monarca francés utilizó su potencial para respaldar la invasión de los territorios italianos por parte del ejército capitaneado por Lautrec. El principal objetivo para Doria era la toma de Génova. Su intento de desembarco en Portofino fue rechazado, pero, para ello, se hubo de dejar desguarnecida la ciudad. Esta circunstancia fue aprovechada por las tropas francesas bajo el mando de Cesare Fregoso. Antoniotto Adorno, refugiado en Casteletto, se vio forzado a rendirse. La capitulación se negoció a través de Filippino Doria, lugarteniente y primo de Andrea, quien había caído prisionero en la escaramuza de Portofino. Así pues, Doria situaba nuevamente a Génova bajo el dominio francés. Teodoro Trivulzio, un milanés al servicio de Francia, se convertía en el nuevo gobernador de la República. En consecuencia, Lope de Soria se vio forzado a abandonar la ciudad en compañía de Antoniotto Adorno, quien fallecía en septiembre de 1528<sup>80</sup>.

Buen conocedor de la situación en Génova, el embajador advertía que el dominio de Trivulzio sobre la ciudad era muy inestable. Por una parte, el establecimiento de la Unión no había sido bien acogido por parte de familias muy significativas, como los Fieschi y algunos Spinola. Igualmente, subsistía la división faccional entre Adornos y Fregosos. Estos últimos se habían visto decepcionados por la imposición de un gobernador extranjero, mientras que Cesare Fregoso había retornado al campo de batalla<sup>81</sup>. Si bien, con el paso de los meses, Soria se reafirmaba en la creciente oposición en Génova al gobernante francés, también aseguraba a Carlos V que no parecía posible volver a encauzarlos hacia la forma de gobierno anterior<sup>82</sup>.

No obstante, tras la batalla del Golfo de Salerno, el rumbo de los acontecimientos sufrió un cambio radical. Al informar de la derrota sufrida por las fuerzas imperiales y del fallecimiento de Hugo de Moncada, Soria insistía ante Carlos V, como en tantas otras ocasiones, en la necesidad de armar una flota propia, puesto que los particulares anteponian la defensa de sus propios intereses al servicio del Emperador. También aludía

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 151; CODOIN, vol. 26, pp. 61-62 y 67.

<sup>78</sup> RAH, «Salazar», A-45, fol. 347.

<sup>79</sup> Soria transmitía a Carlos V la noticia el día 21 (*ibid.*, fol. 346).

<sup>80</sup> LEVA, G. DE, *op. cit.*, II, p. 447; BALAN, P., *op. cit.*, pp. 77-78, y CONIGLIO, G., *Il regno di Napoli al tempo de Carlo V*, Napoli, 1951, p. 27.

<sup>81</sup> PACINI, A., *op. cit.*, p. 252; RAH, «Salazar», A-40, fols. 436, 440; *ibid.*, A-45, fols. 348-349.

<sup>82</sup> *Ibid.*, A-42, fol. 279-280.

al pago de los rescates efectuados a Andrea Doria por parte de los prisioneros. Sin embargo, el marqués del Vasto y Ascanio Colonna habían aprovechado su cautiverio para atraer definitivamente a Doria al establecimiento de un acuerdo con Carlos V. La noticia, procurada a don Lope por el propio marqués del Vasto, fue acogida por éste con gran entusiasmo. La situación era tan comprometida que el embajador había encarecido la conveniencia de mantener la paz con el papa, aunque fuese mediando la cesión en asuntos matrimoniales o relativos a Florencia que el pontífice deseara. En este sentido, no dudaba en recomendar que se otorgase a Doria todas las mercedes precisas para sellar el compromiso <sup>83</sup>.

En defensa de sus planteamientos, Soria argumentaba de forma profusa sus opiniones ante el Emperador. A su juicio, Génova era la «puerta y llave de Italia». Si bien, tradicionalmente, este epíteto se asociaba a Milán, el embajador primaba la importancia de Génova, a la que consideraba la pieza esencial para dominar los territorios italianos. Su significación venía determinada por tres factores. En primer lugar, se trataba de un enclave imprescindible para la comunicación entre ambas penínsulas, la Ibérica y la Itálica. Asimismo, era necesario mantener los recursos procurados por los hombres de negocios asentados en la ciudad, y, por último, pero no menos importante, contaba con una poderosa flota para engrosar la armada imperial. Por tanto, la importancia del concierto con Andrea Doria no era primordial solamente por este aspecto. La existencia de un gobierno inestable en Génova era muy perjudicial para los intereses imperiales. Por ello, y a pesar de las reticencias iniciales, Soria apoyaba la entrega del dominio de Génova a Doria. A cambio, éste proporcionaba a Carlos V la «llave de Italia» <sup>84</sup>.

Así pues, asentado el acuerdo entre ambos, don Lope estimó oportuno volver a incorporarse al servicio de su embajada en septiembre de 1528. Si bien solicitaba instrucciones sobre el modo de proceder respecto al gobierno establecido en la ciudad, advertía que la misma distaba de encontrarse tranquila. Así, afirmaba que Bernabé Adorno, cabeza de dicha facción tras la muerte del duque, se encontraba en negociaciones con Francia para llegar a una concertación semejante a la establecida años atrás por Octaviano Fregoso. Había acudido a don Lope con la intención de solicitar su licencia para cerrar el trato con los franceses, y firmar el compromiso referido a que, una vez que tomase el poder, pasaría al servicio de Carlos V. En este sentido, se presentaba ante Soria como una alternativa y contrapeso al poder de Andrea Doria. El embajador se negó a dar su consentimiento a este doble juego. Sin embargo, advertía a Carlos V de la peligrosidad de esta propuesta, puesto que, en su opinión, se trataba de una persona sin dotes políticas, criado en Francia y hechura del marqués de Saluzio, que

<sup>83</sup> *Ibid.*, A-43, fols. 75-86; BAEZA, G. DE, *op. cit.*, pp. 500-501. Sobre las concisiones del mismo, véase AGS, E., leg. 1362, núm. 4; CADENAS Y VICENT, V., *El protectorado...*, pp. 49-50, 61-63, 66 y 77-91; BRACCO, P., *Il principe Giannandrea Doria patriae Libertatis conservator*, Génova, 1960, pp. 49-50.

<sup>84</sup> RAH, «Salazar», A-43, fols. 194, 199; CADENAS Y VICENT, V., *El protectorado...*, pp. 94-103; ídem, *Doble coronación de Carlos V en Bolonia*, Madrid, 1985, pp. 13-18; BALAN, P., *op. cit.*, pp. 108-113, y BRACCO, P., *op. cit.*, pp. 56-58.

se hallaba sin recursos económicos. Consideraba que la necesidad de dinero le podía empujar al entendimiento con los galos y, por ello, pedía al Emperador que le favoreciese con alguna pequeña renta <sup>85</sup>.

A pesar del conocimiento por parte de Lope de Soria respecto a la aversión que Andrea Doria tenía hacia él, estimulado por el príncipe de Orange, Antonio de Leyva y Juan Antonio Muscetula, se determinó a acudir a Génova para intentar retomar sus funciones como embajador. Sin embargo, no le fue permitido permanecer en la ciudad, por lo que hubo de trasladarse a Milán. La excusa aducida por los gobernantes genoveses para su expulsión era su vinculación a los Adorno. Don Lope, que tachaba de absurdo este argumento, exponía ante Carlos V cómo nunca había aceptado los oficios de gobierno y justicia que le fueron ofrecidos por el duque. En este sentido, si había apoyado el gobierno ducal, era por considerar a éste más beneficioso al servicio de Carlos V que la opción representada por la Unión <sup>86</sup>. Por otra parte, esclarecía la verdadera causa del rechazo sufrido. Soria admitía que su estancia en Génova resultaba incómoda para Andrea Doria. Su profundo conocimiento de las élites ciudadanas y de los asuntos que afectaban a dichos territorios podían dificultar el control que Doria trataba de imponer sobre los mismos, y despertaba sus temores a la posibilidad de que se produjesen alteraciones <sup>87</sup>.

Así pues, en enero de 1529, señalaba al Emperador la conveniencia de que enviase a Génova un nuevo embajador, que fuese del agrado de Doria y asumiese las importantes funciones inherentes al cargo. Mientras que se produjo este relevo, Soria siguió transmitiendo a Carlos V las informaciones que le procuraban sus amigos en la ciudad. Así, apuntaba que, si bien la mayor parte de los genoveses se mostraban conformes con el gobierno de la Unión y la autoridad adquirida por Doria, existía un grupo que se resistía a la misma y mantenía contactos con Francia. En su opinión, la situación se mantendría estable mientras Génova se encontrase bajo el control de Doria, pero, si éste faltase, volverían a surgir los enfrentamientos y enemistades entre las distintas facciones <sup>88</sup>. El Emperador firmaba las instrucciones para el sustituto de Soria, Gómez Suárez de Figueroa, en el mes de febrero, a la par que otorgaba licencia a don Lope para que acudiese a la Corte. No obstante, Carlos V insistía en la necesidad de que ambos mantuviesen una entrevista cuando el nuevo embajador llegase a su destino,

<sup>85</sup> RAH, «Salazar», A-43, fols. 208-211; PACINI, A., *op.cit.*, pp. 254-256.

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 52-55 y 269.

<sup>87</sup> Así, refería a Carlos V el 21 de noviembre: «sabía que no había de plazer a Andrea Doria que yo estuviere allí teniendo tantos amigos y noticia como tengo de las cosas de aquella ciudad (...) no quieren, máxime Andrea Doria, persona que entienda de pláticas como yo» (RAH, fols. 266-269). Para procurar una información más detallada al Emperador, don Lope enviaba a la Corte al prior de Barletta, a cuya persona recomendaba por su fidelidad y servicios (*ibid.*, fols. 298-300).

<sup>88</sup> Soria afirmaba que era urgente la incorporación de un nuevo embajador, que debía buscar de forma prioritaria un buen entendimiento con Doria. También apuntaba la conveniencia de recompensar los servicios prestados por el conde Fieschi (*ibid.*, A-44, fols. 11-15, 48, 66-67, 70).

para que don Lope pudiese instruirle, y éste beneficiarse de su experiencia<sup>89</sup>. Por otra parte, tras su definitiva salida del cargo, las relaciones que mantuvo con Doria estuvieron caracterizadas por una cordialidad mutua<sup>90</sup>.

### *Comisario General de la Corte y ejército*

Como hemos señalado, una de las principales funciones de Lope de Soria como embajador en Génova era procurar una completa información y una ágil comunicación con la Corte imperial. En este sentido, su correspondencia se remitía directamente a Carlos V. Así, los contactos mantenidos entre don Lope y Mercuriano de Gattinara resultan anecdóticos en el conjunto de su abultada correspondencia<sup>91</sup>. En este sentido, hemos de recordar que las relaciones entre ambos se vieron influenciadas por las críticas que Gattinara había vertido sobre la gestión del virrey de Nápoles Ramón de Cardona y sus colaboradores. No obstante, éstas cambiaron a partir del verano de 1527, durante la estancia del Canciller en Génova<sup>92</sup>. Forzado a abandonar la ciudad, y conocedor de las complicaciones que revestía su retorno a la misma, Soria procuró estrechar sus relaciones con el virrey de Nápoles y con Gattinara, bien a través de la remisión directa de sus cartas o mediante el secretario Juan Alemán. Así, en noviembre de dicho año, enviaba a Hugo de Moncada una completa relación del acuerdo establecido entre el duque de Ferrara y el resto de los componentes de la Liga<sup>93</sup>. A comienzos de 1528, refería al dicho secretario cómo se había liberado al papa, que se había dirigido a Orbiato. Aseguraba que prometía celebrar un Concilio para asentar una paz general, así como a aportar una cantidad de dinero para sufragar los gastos de la guerra<sup>94</sup>. Sin embargo, ante Gattinara, recrudecía nuevamente sus críticas respecto a la actuación del pontífice. Soria aseguraba que Clemente VII estaba apoyando de forma encubierta el avance de las tropas francesas. Además, su dilación en el pago de los fondos prometidos estaba causando importantes complicaciones para el mantenimiento del ejército imperial, cuyos

<sup>89</sup> En las instrucciones que entregó a Suárez de Figueroa se decía: «... e informaros muy bien dél con mucho secreto y descripción de la calidad de las personas de aquella república así en general como en particular y cuáles son más o menos aficionadas al servj.º y de quién solía él ser avisado de lo que allí pasaba y qué medios tenía para ello» (AGS, PR, 17-25). Sobre las buenas relaciones que estableció con Doria, existen numerosos testimonios. Véase, por ejemplo, *ibid.*, E., leg. 1362, núm. 111. Asimismo, también elogió las cualidades y actuaciones de su predecesor en diversas ocasiones (*ibid.*, núm. 16).

<sup>90</sup> RAH, 9/1954, núms. 200, 201.

<sup>91</sup> Así, en abril de 1524, el embajador agradecía al canciller su ofrecimiento de favorecer a Luis de Requeséns (BAEZA, G. DE, *op. cit.*, p. 363).

<sup>92</sup> Don Lope informaba a Carlos V de su llegada el día de San Juan, así como de la indisposición de Gattinara a causa de la gota. Igualmente, el 30 de agosto refería su retorno a la Corte (RAH, «Salazar», A-45, fols. 347-349).

<sup>93</sup> BAEZA, G. DE, *op. cit.*, pp. 471-474.

<sup>94</sup> Sobre la actuación de las tropas de Lautrec en Bolonia, refería: «hacen tales obras los franceses que en verdad ya son tenidos los nuestros por santos» (RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, pp. 346-347).

mandos se encontraban divididos por las diferencias surgidas entre el príncipe de Orange y el resto de los capitanes <sup>95</sup>.

Su acercamiento al Canciller condicionó su nombramiento como Comisario General de la Corte y ejército, puesto que el propio Soria agradecía al mismo la merced recibida, y se comprometía a corresponder a su confianza sirviendo fielmente, como lo había hecho su antecesor, el abad de Nájera, fallecido en julio de 1527 <sup>96</sup>. Si bien, durante el desempeño de sus funciones, el interés de don Lope se centraba en solventar las dificultades para hacer efectivos los cambios y conseguir un transporte seguro para el dinero destinado a pagar las tropas, también trató de aprovechar el favor del mismo para procurar su medro. Así, representaba a Gattinara los problemas que encontraba en la ejecución de sus cometidos. Aseguraba que había sufrido amenazas por parte de los mandos del ejército, por pensar éstos que administraba los recursos a su voluntad. En este sentido, reiteraba que sufría una precariedad extrema, puesto que no obtenía crédito de los hombres de negocios. Para dar una solución a este inconveniente, apuntaba la posibilidad de vincular el cargo de Comisario al de alguna administración pecuniaria. En concreto, solicitaba a Gattinara obtener la provisión de la Tesorería General de Milán o Nápoles. Igualmente insistía en que tanto el Canciller como Carlos V le tuviesen presente en los nombramientos de las vacantes que se habían producido en dicho Reino como consecuencia del fallecimiento de Hugo de Moncada y de las confiscaciones realizadas a los rebeldes <sup>97</sup>.

Conseguida la victoria en Nápoles por las tropas comandadas por el príncipe de Orange, y preparada la defensa de Génova ante la ofensiva del ejército francés del conde de Saint Pol, Soria retornaba a sus viejos planteamientos de someter a Venecia como único medio de instaurar una paz duradera en los territorios italianos <sup>98</sup>. Apartado definitivamente de la embajada genovesa, a comienzos de 1529, el Comisario solicitaba la licencia a Carlos V para trasladarse a la Corte. En un primer momento, el Emperador le ordenó que continuase cumpliendo con sus obligaciones, y enjuiciaba muy positivamente el entendimiento que había alcanzado con Antonio de Leyva <sup>99</sup>. Posteriormente, accedió a la petición de don Lope, quien proyectaba trasladarse a la Península en las

<sup>95</sup> *Ibid.*, pp. 377-378; CODOIN, vol. 23, pp. 84-85.

<sup>96</sup> Así lo hacía constar en la carta que enviaba al Canciller en abril de 1528. Se encontraba en Mirandola, pero proyectaba pasar a Milán de forma secreta. No obstante, aseguraba que esto era dificultoso, puesto que era una persona muy conocida (RAH, «Salazar», A-42, fols. 243-244).

<sup>97</sup> *Ibid.*, fol. 425; *ibid.*, A-43, fols. 210, 269. Sobre sus arduas negociaciones con los Grimaldi, banqueros genoveses, véase *ibid.*, 9/1951, núm. 52.

<sup>98</sup> Don Lope estimaba que la guerra contra Venecia «sería tan santa y católica empresa como contra el turco pues ellos son causa de todas las guerras de Italia y de toda la Cristiandad» (*ibid.*, A-43, fols. 193, 217-220).

<sup>99</sup> En este sentido, véase, *ibid.*, 9/1954, núms. 202-205.



galeras de Andrea Doria, cuando éste acudiese a buscar a Carlos V para su traslado a Italia. Sin embargo, nunca llegó a efectuar este viaje <sup>100</sup>.

El final de las hostilidades significaba el comienzo de una nueva etapa en la política italiana, y, por tanto, en la labor desarrollada por el Comisario. En julio de 1529, Carlos V encargaba a Soria que volviese a centrar sus esfuerzos en su actividad como informador. Así, le pedía que mantuviese una correspondencia fluida con Luis de Praet, quien acudía a Roma para tratar diversas cuestiones con el papa, sin que por ello descuidase la vigilancia sobre los movimientos que realizasen Francia y Venecia <sup>101</sup>. Igualmente, la terminación de la guerra hacía innecesario el mantenimiento de un ejército tan numeroso, cuyos costes suponían una pesada carga para la hacienda imperial. En consecuencia, Carlos V envió a los contadores Francisco Duarte y Juan de Vergara para que ayudasen a Lope de Soria a realizar un recuento de soldados y racionalizar su número. Así pues, el cometido del Comisario, en los últimos meses de dicho año, consistió en recorrer los diversos puntos de la geografía italiana donde se concentraban las tropas y saldar las cuentas con los capitanes por los servicios prestados <sup>102</sup>.

Solventadas estas cuestiones, el nuevo orden establecido en los territorios italianos no precisaba la existencia del cargo ostentado por Soria. Por ello, Carlos V prefirió emplear a don Lope en una labor más acorde con sus dotes diplomáticas <sup>103</sup>.

### Embajador en Siena (1530-1531)

Desde la elección de Carlos V para ocupar la dignidad imperial, la República de Siena se había puesto bajo su protección. Al frente de la misma se encontraba el cardenal Petrucci, quien dirigió sus designios hasta que se produjo su fallecimiento en diciembre de 1522. Tras su muerte, el duque de Sessa, embajador en Roma, intervino para favorecer la reorganización del gobierno de la República y tratar de evitar los perjuicios derivados de una enconada pugna faccional por la ostentación del poder, para lo que se favoreció

<sup>100</sup> La excusa esgrimida por Soria para abandonar Italia fue cumplir con la promesa hecha a la Virgen del Moncayo durante la enfermedad que había sufrido el año anterior (*ibid.*, A-44, fols. 11-15, 72, 105-108). También, el 24 de febrero, el Emperador escribía al príncipe de Orange, virrey de Nápoles, autorizando a Miguel de Soria a renunciar a la perceptoria de la provincia de Citra, en la que había sido proveído por Hugo de Moncada (*ibid.*, 9/1951, núm. 53).

<sup>101</sup> *Ibid.*, núm. 54.

<sup>102</sup> El 6 de octubre, el Emperador refería a Soria desde Piacenza: «y hecha la dicha paga os venid lo antes que pudieredes para que entendáis en otras cosas que se han de proveer para mi partida». También señalaba que los capitanes de gastadores se habían de nombrar en conformidad con la opinión del prior de Barletta, quien había asumido la capitanía de artillería (*ibid.*, núms. 55, 57, 58; CDCV, I, pp. 200-201; PACINI, A., *op. cit.*, pp. 427-428).

<sup>103</sup> La satisfacción que Carlos V mostraba ante las actuaciones de Soria era compartida por la emperatriz Isabel, quien, en diciembre de 1529, agradecía al comisario su mediación para que le fuese concedida una ayuda económica a la viuda e hijos del secretario Pedro García (RAH, 9/1951, núm. 56).

el regreso de los exiliados profranceses. La lucha por el gobierno de la República se estableció entre la facción de los Noveschi, de carácter filofrancés, y la de los libertini, cuyo principal representante era Mario Bandini, sobrino del cardenal Piccolomini, que agrupaba al Monte di Popolo, a la Orden de los Gentilshombres y de los Reformadores. Al frustrado intento de Favio Petrucci de permanecer en el gobierno de la misma vino a sumarse la ofensiva del ejército francés bajo el mando del duque de Albania. Vinculada al acuerdo defensivo establecido en 1523 ante la amenaza de invasión por parte de Francia, Siena se vio forzada a entregar a éste cuarenta mil ducados, diversas piezas de artillería, y a acoger en la ciudad una guarnición francesa <sup>104</sup>.

Tras la batalla de Pavia, se procedió a una nueva reforma de la Bailía, establecida en abril de 1525, y Siena volvió a buscar la protección del Emperador, con quien alcanzó una concordia <sup>105</sup>. No obstante, el apoyo de Clemente VII a los exiliados profranceses posibilitó la conformación de un ejército, al que se unieron las tropas y artillería proporcionada por Florencia, así como las galeras de Andrea Doria. Sin embargo, el asedio logró ser vencido por el contingente sienés, que infringió una importante derrota al ejército florentino-pontificio en julio de 1526, mientras que las plazas ocupadas por el almirante genovés fueron abandonadas por éste cuando fue requerido para otros servicios. Igualmente, Siena proporcionó diversa ayuda al ejército imperial que había iniciado su imparable marcha hacia Roma. Todo ello vino a cimentar la asunción del gobierno de la República por parte de la facción más proclive a Carlos V. La ayuda prestada a Francisco I y Clemente VII por los Noveschi provocó que fuesen privados de sus derechos políticos y de sus haciendas. Así, desde julio de 1527, fueron los partidarios de los Montes y de los Gentilshombres quienes se emplearon en las labores gubernativas. En este sentido, tampoco escaparon a las represalias aquellos que habían apoyado a los florentinos, aunque el cambio de situación acaecido en Florencia, enfrentada a los Medecis, llevó a que, finalmente, se firmase un tratado de amistad entre ambas instancias en julio de 1528. Unos meses más tarde, también se establecía un acuerdo con el papa, en el que, como en el citado anteriormente, una de las cuestiones primordiales se centraba en lograr dejar sin apoyos a los exiliados profranceses. Por su parte, Clemente VII trataba de concentrar sus esfuerzos en la reposición de los Medecis en Florencia, por lo que el influjo imperial en Milán y Siena fue incontestado <sup>106</sup>. Sin embargo, resultaron infructuosos los intentos realizados por el príncipe de Orange orientados a poner término a los odios y persecuciones entre los miembros de las distintas facciones. A pesar de su inestabilidad interna, Siena continuó vinculada a la política imperial, y entró a formar parte de la liga publicada en Bolonia el 31 de diciembre de 1529 <sup>107</sup>.

<sup>104</sup> ROMERO GARCÍA, E., *El imperialismo hispano en la Toscana durante el siglo XVI*, Lérida, 1986, pp. 38-41, y CADENAS Y VICENT, V., *La República de Siena y su anexión a la Corona de España*, Madrid, 1985, pp. 27-33.

<sup>105</sup> BAEZA, G. DE, *op.cit.*, pp. 442-446.

<sup>106</sup> CADENAS Y VICENT, V., *La República...*, pp. 33-37.

<sup>107</sup> OCHOA BRUN, M. A., *op. cit.*, V, p. 211.

La designación de Lope de Soria como embajador coincidía con un profundo cambio dentro de los servidores de Carlos V encargados de las labores diplomáticas en los territorios italianos. Las nuevas provisiones se correspondían con el establecimiento de un novedoso orden y equilibrio conseguido tras los sucesivos tratados de Barcelona y Bolonia <sup>108</sup>. En las Instrucciones que el Emperador despachaba para don Lope se establecían las directrices que debía seguir en el ejercicio de su cometido. En primer lugar, tras presentar sus credenciales, había de asegurar que su misión en Siena consistía en proteger a estos territorios de cualquier daño que pudiese provenir de la actuación de los ejércitos o de algún potentado. Ganada su confianza, debía informarse de la forma en que se gobernaba la ciudad, así como de las diferencias y rencillas entre sus habitantes. Para ello, tenía que acudir al cardenal de Siena y al duque de Amalfi, ante quienes debía exponer la conveniencia de que los exiliados volviesen a la ciudad y les fuesen restituidos sus bienes. Cuando su conocimiento de la situación lo permitiese, como si se tratase de una iniciativa propia, tenía que buscar el medio para que este retorno se llevase a cabo, puesto que era el único camino para acabar con el peligro de que se produjesen alteraciones en la ciudad. Igualmente, Carlos V ordenaba que, si no se lograba alcanzar un acuerdo entre las partes, el embajador había de informar secretamente de las causas y culpables de la falta de concierto para actuar en consecuencia <sup>109</sup>.

Incorporado a su nuevo destino, Soria no se despreocupó totalmente de las cuestiones referidas a los ejércitos. Así, en mayo de 1530, informaba al Emperador de la situación que se vivía en el asedio a Florencia, donde había permanecido unos días junto al príncipe de Orange por petición de éste. Exponía que los motines en el seno del mismo, así como en las tropas bajo el mando del marqués del Vasto, eran diarios. La causa se encontraba en la falta de dinero para cubrir las pagas, así como en los contactos que mantenían con la soldadesca despedida del servicio <sup>110</sup>. Por otra parte, afirmaba que su presencia en Siena había sido acogida con gran desconfianza por parte de sus interlocutores, el cardenal y el duque de Amalfi. En obediencia a las instrucciones recibidas, el embajador empleó su tiempo en informarse de todo aquello que interesase a su cometido. Según sus observaciones, la ciudad se encontraba despoblada como consecuencia del mal gobierno y la carencia de justicia. Aseguraba que un grupo de seis personas, pertenecientes al Monte di Popolo, tenían atemorizado al resto de la población, y, especialmente, al regimiento. En este sentido, tanto el cardenal como Amalfi, disfrutaban de grandes beneficios, a los que no parecían dispuestos a renunciar.

<sup>108</sup> Para una visión de conjunto, véase *ibid.*, pp. 222-228.

<sup>109</sup> AGS, PR, 46-45; *ibid.*, E., leg. 1455, fol. 7. El 24 de abril de 1530, el Emperador informaba al príncipe de Orange del nombramiento de Soria como nuevo embajador en Siena. Apuntaba que debía seguir percibiendo el mismo salario que en su anterior oficio con cargo a las rentas del reino de Nápoles. La cantidad establecida eran cinco ducados de oro diarios (RAH, 9/1951, núm. 59; CARANDE, R., *op. cit.*, II, p. 177).

<sup>110</sup> AGS, E., leg. 1455, fol. 195.

En el caso del purpurado, su familia pertenecía a dicha facción política, enfrentados con los Gentilshombres y, sobre todo, con los oligarcas Noveschi, cuyas haciendas confiscadas habían pasado a sus manos y a las de los miembros de la Orden de Reformadores, que, junto con los del Popolo, conformaban el gobierno sienés. Por su parte, Amalfi ostentaba la capitania general de la República sustentado por los gobernantes. Soria afirmaba que, si bien se excusaba el retorno de los exiliados argumentando su tendencia al uso de la fuerza para imponerse, la razón de esta negativa se encontraba en su deseo de permanecer en el poder, de disfrutar de los bienes incautados y en el temor a la venganza. Por tanto, don Lope encontraba complicado que se aviniesen a un acuerdo, y aconsejaba a Carlos V que aprovecharse la cercanía del ejército comandado por Orange, dado que sólo se podría alcanzar el mismo a través de la amenaza de la intervención militar. En todo caso, apuntaba que la clave para establecer la reforma pretendida era inclinar la voluntad del cardenal de Siena a su aceptación <sup>111</sup>.

Así pues, en el mes de junio, el embajador reclamaba unas nuevas Instrucciones, puesto que la negativa del cardenal y Amalfi a tratar la cuestión de la vuelta de los exiliados y la situación en la ciudad impedían el cumplimiento de las recibidas cuando se incorporó al cargo. Los movimientos iniciados para que el cardenal asumiese el gobierno en solitario hacían albergar a Soria alguna esperanza de poder llevar a cabo la labor encomendada <sup>112</sup>. En este sentido, señalaba que Amalfi apoyaba esta opción, aunque llevado por el deseo de asumir el poder después de que el purpurado se lo arrebatase a los del Popolo. Por tanto, existía el peligro de que ambos se convirtiesen en tiranos, lo que no favorecía los intereses imperiales. En apoyo de éstos, existía en la ciudad un grupo de personas principales que no estaban conformes con el devenir de los acontecimientos, pero no se atrevían a ejercer una oposición explícita sin conocer el beneplácito de Carlos V. Don Lope se quejaba de que el temor reinante en la población impedía recabar la información necesaria, y su actividad se encontraba muy limitada por hallarse continuamente bajo vigilancia. Por otra parte, también informaba de los contactos que había mantenido con Felipe Decio. Según las informaciones que había recibido de Miguel May, el mismo se encontraba al servicio del rey de Inglaterra para intervenir en las cuestiones de su divorcio. Soria se había ocupado en presionar a Decio, quien se había comprometido a realizar una actuación que fuese del agrado del Emperador sin que Enrique VIII se sintiese perjudicado <sup>113</sup>.

Mientras que Carlos V insistía en que se debía seguir el camino trazado en las Instrucciones, el embajador apostaba por imponer la reforma por la fuerza. En este

<sup>111</sup> *Ibid.*, fols. 213-215.

<sup>112</sup> Tampoco se mostraba don Lope muy ilusionado. Consideraba que el cardenal carecía de dotes de gobierno y de la suficiente autoridad. Así, había permitido que sus sobrinos Mario Bandini y Severino registrasen todas las casas de la ciudad, incluida la del embajador, en búsqueda de Solís, un capitán español que había matado a un primo de ambos en una reyerta (*ibid.*, fols. 210-212).

<sup>113</sup> A comienzos de agosto, don Lope refería respecto a Decio: «en fin él es codicioso y siendo bien pagado es de creer que dirá algo en favor del Rey como quier[la] que promete yr con todo respecto por

sentido, mantenía que se debía someter Siena a la par que se ganase Florencia, pues se corría el peligro de que, finalizada esta empresa y retirado el ejército, Siena se levantase en armas. Por tanto, las actuaciones que se llevasen a cabo debían afectar a los dos territorios conjuntamente, sin que se pudiesen abordar como asuntos independientes. Se hacía eco de los rumores que apuntaban la existencia de contactos entre ambas ciudades, y de la ayuda que Francisco I trataba de prestar a los florentinos. Por ello, señalaba que el aislamiento al que estaba sometido el príncipe de Orange, quien carecía en su entorno de personas de consejo y gobierno, no favorecía la rápida solución del conflicto ni su culminación de manera exitosa <sup>114</sup>.

A pesar de las reiteradas negativas de los gobernantes sieneses a tratar la cuestión referida al retorno de los exiliados, Soria continuó insistiendo en este asunto, principalmente, ante el cardenal de Siena, quien comenzó a mostrar una cierta inclinación a ceder a los deseos de Carlos V. Sin embargo, el cambio de actitud del purpurado estaba condicionado por otros factores. Don Lope, quien mantenía un fluido contacto con Miguel May, conocía a través del embajador la opinión de Clemente VII. El pontífice se mostraba favorable a la vuelta de los Noveschi, aunque condicionada a la previa reposición de los Medecis en Florencia. Por esta causa, Mario Bandini se trasladaba a Roma, enviado por su tío, con la finalidad de negociar con el papa. Bandini y Juan Francisco Severino habían mantenido diversos contactos con los representantes de Florencia, y, ante la sospecha de que dicha ciudad no tardaría en concertarse con Clemente VII, acudían ante el pontífice a establecer su propio acuerdo. Su pretensión era que el papa no promoviese el retorno de los exiliados ni apoyase las pretensiones de Carlos V al respecto. Soria prevenía a May sobre los riesgos de esta situación, puesto que, según su opinión, Mario Bandini cedería en todo aquello que Clemente VII pidiese si ello aseguraba que el gobierno en Siena no sufriría innovaciones <sup>115</sup>.

Producida la rendición de Florencia, Soria seguía preocupado por las gestiones de Bandini en Roma. El intento de poner a Siena bajo la protección del pontífice obedecía a la intención de que Carlos V desestimase intervenir en los asuntos de la ciudad. El embajador insistía en su creencia de que se debía actuar antes de que se retirase el ejército de la zona, y patrocinar el ingreso de los exiliados. Admitía que Francisco Petrucci y Juan Martinoço podían quedar excluidos por los antecedentes de su familia como tiranos, pero se les tenían que devolver sus bienes. En cuanto al resto, no existía ningún condicionante que desaconsejase su retorno. Por otra parte, la muerte del príncipe de Orange había provocado que Ferrante Gonzaga asumiese el mando del ejército.

---

lo que toca al servicio de V. M.» (*ibid.*, fol. 225). Soria logró hacerse con el juicio emitido por Decio, y remitió una copia a la Corte (*ibid.*, fol. 203).

<sup>114</sup> El 1 de julio informaba cómo Siena había quedado vacía a causa de un brote de peste. El cardenal y Amalfi habían abandonado la ciudad, y este último se había trasladado a Nápoles junto al marqués del Vasto (*ibid.*, fols. 216-217).

<sup>115</sup> *Ibid.*, fols. 226-229. Por otra parte, May era un buen conocedor de los asuntos de Siena, donde, en mayo de 1529, había enviado al secretario Villaverde (OCHOA BRUN, M. A., *op. cit.*, V, p. 223).

Desde que se produjo el relevo, el embajador se ofreció al mismo para vincularse a su servicio, puesto que estimaba inútil su estancia en Siena <sup>116</sup>.

Una enfermedad forzó a don Lope a permanecer en la ciudad, desde donde, a mediados de septiembre, informaba a Carlos V del envío de un embajador por parte del gobierno. Se trataba del arzobispo Bandini, hermano de Mario y sobrino del cardenal. Mientras, Soria mantenía conversaciones con el duque de Amalfi en torno al modo en que se debía realizar el retorno de los exiliados. Sin embargo, el embajador observaba estas gestiones como medios para retrasar la vuelta de los mismos, puesto que no existía una intención veraz por parte los gobernantes de alcanzar un acuerdo que perjudicaba a sus intereses políticos y económicos <sup>117</sup>.

Por otra parte, su intención de abandonar la embajada en Siena le llevó a estrechar su relación con Francisco de los Cobos. Desde su incorporación a dicho oficio, Soria había duplicado las cartas que remitía al Emperador. En las relaciones remitidas al secretario, don Lope se expresaba con mayor libertad en la exposición de los hechos y de sus opiniones, así como en las críticas a las actuaciones desarrolladas por los servidores italianos <sup>118</sup>. En concreto, solicitaba su mediación para que, en privado, expusiese a Carlos V cómo el duque de Amalfi era el principal obstáculo para alcanzar la reforma pretendida. Como capitán general de las tropas sienesas, aseguraba a sus conciudadanos que defendería la ciudad de cualquier intento de imponer la vuelta de los exiliados por la fuerza. Por ello, Soria estimaba conveniente que fuese apartado del cargo <sup>119</sup>. Además, su última intención era ostentar el gobierno, ambición que también albergaban el cardenal y sus sobrinos, por lo que las relaciones entre ellos se habían enturbiado. Por ello, advertía que las informaciones remitidas por el arzobispo no tenían la suficiente fiabilidad, puesto que las negociaciones sobre los exiliados se encontraban en un plano secundario respecto a sus luchas por el poder <sup>120</sup>. Estas opiniones de Soria, quien, como hemos señalado, mantenía un buen entendimiento con el embajador May, contrastaban con las que procuraba el cardenal García de Loaysa a Cobos desde Roma <sup>121</sup>.

---

<sup>116</sup> Aceptado el ofrecimiento por Gonzaga, Soria solicitaba el correspondiente permiso a Carlos V el 24 de agosto (AGS, E., leg. 1455, fols. 220-225).

<sup>117</sup> *Ibid.*, fols. 203-206, 218.

<sup>118</sup> «... culpe al fallecimiento del gran canciller si me alargo en lo que escribo a S. M. pues su vida no soltara tanto la rienda para decir lo que digo de Italia y crea V. S.<sup>a</sup> que será mala compañía la de los italianos así en la corte como en el campo ni se podrá platicar ni hacer cosa que sea secreta si alguno dellos lo sabe» (*ibid.*, fol. 201). En este sentido, no contribuía a mejorar la opinión de Soria lo ocurrido en Florencia entre los soldados españoles e italianos (DE SANTA CRUZ, A., *Crónica del emperador Carlos V*, Madrid, III, 1922, pp. 100-104).

<sup>119</sup> Soria también solicitaba el favor de Cobos para quedar al cargo de la cifra e incorporado al Consejo de Nápoles (AGS, E., leg. 1455, fol. 202).

<sup>120</sup> *Ibid.*, fols. 198-200, 231.

<sup>121</sup> «Siempre el duque de Malfi escribe que aquellos seneses son locos (...) y sin duda el duque es buen caballero y cordial servidor y hace de noche y de día el extremo de sus fuerzas para resistir a las locuras» (CODOIN, vol. 14, p. 76). Sobre la diversidad de criterios y visiones sobre la política que se debía

Igualmente, don Lope mantenía su comunicación con Ferrante Gonzaga, quien había requerido sus servicios para solucionar la cuestión referida al alojamiento del ejército que había servido en la empresa de Florencia. En consonancia con las órdenes remitidas por el Emperador, se debía mantener en el mismo a todos los españoles, y permanecer instalados en la zona. La carencia de alimentos en dicha ciudad, la falta de una concertación con el papa y el deseo de Carlos V de que no se viese perjudicada la tierra de Siena, venían a complicar la situación <sup>122</sup>. Así pues, ante el peligro de contravenir a Clemente VII y del estallido de un motín, Gonzaga y Soria decidieron alojar a las tropas en territorio sienés, lo que, por otra parte, ambos estimaban conveniente como medio de presión a los gobernantes para que se aviniesen a las pretensiones de Carlos V <sup>123</sup>.

La resistencia de Lusignano a recibir al ejército desembocó en su toma y saqueo. Sin embargo, esta actuación causó el efecto pretendido. El cardenal de Siena y el duque de Amalfi acudieron a dicha localidad para negociar <sup>124</sup>. Durante la concertación del acuerdo, una de las cuestiones que más interesaban al embajador era quién asumiría el mando de las tropas sienesas. Los exiliados desconfiaban de Amalfi, pero Soria mantenía que si se otorgaba a un miembro de los Noveschi, se corría el peligro de que tratasen de imponer el orden anterior a su expulsión. Finalmente, el 17 de octubre de 1530, Lope de Soria firmaba en nombre del Emperador la abolición del destierro, así como la restitución de los bienes que hubiesen sido confiscados por motivos políticos. Se accedió a la entrada de todos los exiliados, incluidos Petrucci y Martinoço, ante el peligro de que confabulasen con los florentinos, el papa o con miembros de su facción instalados en Siena. Igualmente, los Noveschi debían pasar a formar parte del gobierno, proporcionando una cuarta parte de sus miembros. La nueva Bailía quedaba conformada por veinte integrantes, y se admitía que el duque de Amalfi, quien quedaba al frente de las tropas, tomase parte en las deliberaciones <sup>125</sup>.

---

seguir entre Loaysa y May, caracterizado este último por la extrema dureza que empleaba en las negociaciones con Clemente VII, véase PASTOR, L., *op. cit.*, X, pp. 141-144.

<sup>122</sup> En este sentido, Soria opinaba que el comisario Muscetula atendía en demasía los deseos del pontífice (AGS, E., leg. 1455, fols. 206-209). Respecto a la amistad existente entre el comisario y Loaysa, véase CODOIN, vol. 14, p. 77.

<sup>123</sup> «... y visto que no se podía escusar nos pareció a don ferrando y a my amostrar que tal alojamiento se hacia por concertar los de Sena con los foraxidos, pues no quieren obedecer lo que V. M. les manda» (*ibid.*, fols. 229-230). Por su parte, Loaysa enjuiciaba muy negativamente esta actuación (CODOIN, vol. 14, pp. 94-96). El embajador explicaba su determinación de abandonar la ciudad por estimar que su vida corría peligro si se encontraba en ella cuando se produjese la entrada de las tropas en su territorio.

<sup>124</sup> Una de las principales preocupaciones de ambos era si, tras firmar el acuerdo, el ejército de Gonzaga permanecería en la zona. A este respecto, Soria refería: «... don ferrando comienza a hazerse temer y hazer justicia y en verdad es persona valerosa y con todos buenos desseos y muy cuerdo y lo possible servidor de V. M. lo qual puede ser cierto será bien servido dél en especial dándole alguno que le esté cerca que tenga plática de negocios» (AGS, E., leg. 1455, fols. 229-230).

<sup>125</sup> Junto al embajador, señalaron el acuerdo el cardenal de Siena, el duque de Amalfi, Giovan Battista Piccolomini, Juan Palmieri y Antonio di Vecchi (CADENAS Y VICENT, V., *op. cit.*, pp. 39-41).

No obstante, la concordia fue muy poco duradera. Tras su establecimiento, Soria advertía que la convivencia en la ciudad era muy tensa. En su opinión, era necesario conducir la situación para que ninguna de las facciones se extralimitase, o bien, el conflicto era inevitable. Las presiones de los Noveschi para lograr la sustitución de Amalfi por un militar hispano hicieron adoptar la decisión de que, hasta que la situación quedase estabilizada, el propio embajador tuviese bajo su mando un contingente de tropas, conformado por quinientos infantes españoles y mantenido de las rentas de la ciudad. También don Lope debía intervenir en los previsibles conflictos que se generarían en torno a la devolución de sus bienes a los exiliados. Por una parte, había de asegurar que fuesen restituidos a sus antiguos propietarios, y por otra, que aquellos que quedasen despojados de los mismos, fuesen compensados con dinero proveniente de las arcas públicas<sup>126</sup>. Asimismo, la presencia del ejército de Gonzaga suponía un foco añadido de tensiones. Además de los costes de su mantenimiento, comenzaban a circular rumores sobre las andanzas de la soldadesca, aunque, en muchos casos, no eran verdaderos. Las difamaciones sobre la obtención de ganancias ilícitas o favoritismos hacia las diversas facciones políticas también alcanzaron a don Ferrante y don Lope, quien, en su defensa, afirmaba no haberse apartado nunca de las órdenes cursadas por Carlos V<sup>127</sup>.

Todos los esfuerzos realizados por el embajador para hacer duradera la paz entre los distintos grupos fueron infructuosos. En este sentido, ejerció de mediador para conciliar a algunos particulares, en concreto, a Francisco Petrucci y Julio Salvi, cabezas de bando. También procuró concertar matrimonios entre miembros de distintas facciones. Sin embargo, la desconfianza entre ellos imposibilitó el entendimiento. El 2 de enero de 1531, se reunían en casa del cardenal de Siena representantes de ambas partes para reafirmar sus deseos de paz, pero no pudieron impedir que se produjese el estallido de la violencia. Para defenderse de la agresión, se vieron forzados a abandonar la ciudad todos aquellos que no pertenecían al Popolo. Refugiados en el campamento de Ferrante Gonzaga, Soria, que se encontraba junto al mismo durante el desarrollo de las alteraciones, estimaba que el número de exiliados se había incrementado notablemente respecto a los que habían sido restituidos. En cuanto al tumulto, aseguraba que sus promotores se habían movido por el deseo de seguir disfrutando del gobierno en solitario y de los bienes confiscados. En este sentido, el embajador había sido informado por Pedro de la Cueva de que se estaba preparando una revuelta por aquellos que se habían visto perjudicados por la nueva situación, aunque se pensaba activar cuando se produjese la marcha del ejército<sup>128</sup>.

Ante el devenir de los acontecimientos, Soria y Gonzaga estimaron conveniente escribir a los servidores imperiales que se encontraban en Roma para solicitar su parecer sobre lo que se debía hacer, así como mantener negociaciones con los embajadores

<sup>126</sup> *Ibid.*, fols. 237-239; RAH, 9/1954, núms. 209, 245.

<sup>127</sup> *Ibid.*, núm. 60; AGS, E., leg. 1455, fols. 232-234, 240; CODDIN, vol. 14, pp. 96-97.

<sup>128</sup> BALAN, P., *op. cit.*, pp. 178-179.



que enviaba la ciudad <sup>129</sup>. El 13 de enero, estos representantes solicitaron que el embajador retornase a Siena con un número reducido de soldados, mientras que Gonzaga debía retirarse con su ejército a Pienza. Ambos se negaron aceptar las condiciones ofertadas. Sin embargo, aprovecharon las visitas de distintos componentes de las familias más significativas estantes en Siena para efectuar algunas detenciones. Así, fueron apresados Suzino Severino, «Matana» Salvi, Juan Bautista Peloro y Mario Bandini <sup>130</sup>. Los contactos mantenidos con los representantes de la ciudad se centraron principalmente en el tratamiento de dos cuestiones. Por una parte, el retorno a Siena de los que habían vuelto a salir de la misma, acompañados por Soria y un contingente de tropas como medida de seguridad. Por otra, el destino que esperaba a los prisioneros, sobre los que pesaba la amenaza del destierro <sup>131</sup>. En todo momento, el embajador y Gonzaga actuaron en consonancia con el criterio de los servidores imperiales en Roma, y, en concreto, siguiendo las indicaciones de García de Loaysa. La intervención directa del cardenal de Osma en dicho asunto conllevó que cambiase diametralmente sus opiniones respecto al mismo. El 26 de febrero de 1531, apuntaba a Carlos V su convencimiento de que, a pesar de los esfuerzos realizados, no se alcanzaría ningún acuerdo a causa de la actitud de los gobernantes sieneses, a los que comparaba con los comuneros castellanos. En consecuencia, la guerra se preveía inevitable, por lo que instaba al Emperador a someter a la ciudad como se había hecho con Florencia o bien cambiar Siena al papa por Parma y Piacenza <sup>132</sup>. Asimismo, Soria mantenía contacto sobre este asunto con el secretario Alfonso de Valdés y con el cardenal Colonna, quien acusaba al embajador de partidismo en favor de los exiliados. Esta acusación fue presentada por los gobernantes de Siena a Carlos V, a quien solicitaban su relevo en el cargo <sup>133</sup>. En este sentido, Soria había sido advertido por el embajador May que, por cómo se habían

<sup>129</sup> Así, el 23 de enero, Loaysa escribía Carlos V: «Hoy me ha escrito D. Fernando Gonzaga que las cosas de Sena irán bien y se reducirán estas alteraciones a concordia y paz» (CODOIN, vol. 14, p. 124). Sobre las distintas personas que acudieron a negociar con Soria desde Siena y las gestiones realizadas, véase RAH, 9/1954, núms. 187, 189-194.

<sup>130</sup> Soria justificaba el apresamiento de este último de la siguiente forma: «... anduvo dando voces por las plaças diziendo q[ue] él no q[ue]ría españoles en su ciudad porq[ue] la saquearían y harían lo q[ue] han hecho en toda Italia y él ha tenido tumultuada la ciudad con dezir q[ue] la queremos dar al papa para el duque Alexandro y otras suziedades por alterar la plebe a su voluntad» (AGS, E., leg. 1456, fols. 28-33). También enviaron a Carlos V una relación de lo sucedido en estos días Gonzaga (*ibid.*, fols. 41-43, 90) y la ciudad de Siena (*ibid.*, fols. 80-82).

<sup>131</sup> RAH, 9/1954, núms. 188, 195-197.

<sup>132</sup> Como el propio Loaysa señalaba, esta propuesta era contraria al voto que había mantenido en Bolonia (CODOIN, vol. 14, pp. 133-134). Este cambio de actitud también fue percibido por Soria: «... y pienso q[ue] ya los han conoçido los ministros de V. M. que son en Roma pues los han burlado algunas vezes y es cierto que no harán concierto como conviene (...) sino son forçados con el exér[c]ito y esto pienso q[ue] lo conocen todos los ministros de V. M. ecepto el Cardenal Colona» (AGS, E., leg. 1456, fol. 227).

<sup>133</sup> En su defensa, el embajador decía: «dan a entender a la plebe mil inuentiones y entre otras que yo quiero entrar en la baillía y sus conseios denotando queremos alterar su libertad porque todos se alteren y nunca tal cosa havemos pensado». Advertía que alcanzar un concierto era más dificultoso tras la fuga de Mario Bandini (*ibid.*, fols. 195-200).

desarrollado los acontecimientos, iba a ser presentado por éstos como el principal responsable de lo sucedido <sup>134</sup>.

Para don Lope, el rechazo a que tornase como embajador con los exiliados no suponía más que una maniobra para dilatar las negociaciones, puesto que sabían que sin la presencia de Soria y otras garantías, éstos no se atreverían a volver. Añadía que el intento de ralentizar la concertación obedecía a los rumores existentes sobre la marcha del ejército de las proximidades de Siena por las dificultades existentes para su mantenimiento y los preparativos de una ofensiva contra el turco <sup>135</sup>. No obstante, a medida que avanzaban las conversaciones, se fue percatando de que no podría volver a ejercer la embajada, por lo que comenzó a reiterar en sus cartas al Emperador diversos argumentos en defensa de las acusaciones que se habían efectuado en su contra <sup>136</sup>. La llegada de Pedro de la Cueva para finalizar el acuerdo con Siena significaba aceptar como parte del mismo la sustitución de Soria por Juan Sarmiento, quien debía asumir el mando de las tropas estantes en la ciudad para proteger a los exiliados <sup>137</sup>. Asimismo, el marqués del Vasto volvía de Nápoles para relevar a Gonzaga al frente del ejército. Don Lope informaba a Carlos V cómo la noticia no había sido bien acogida por don Ferrante, y que, en ningún caso, se debía hacer permanecer ambos juntos. La actitud de Gonzaga, que acogía la sustitución como muestra de agravio y desfavor, contrastaba con el contentamiento de Soria que, como hemos señalado, pretendía desvincularse del cargo. Así pues, relevado en la embajada, recibía la orden de continuar junto al marqués del Vasto en calidad de comisario general del ejército, en virtud del privilegio que Carlos V le concedió cuando fue proveído en dicho oficio. Por otra parte, don Lope señalaba que la llegada de éste había servido para que los gobernantes sieneses se cerrasen aún más en las negociaciones, puesto que deducían que el marqués favorecería sus pretensiones por ser cuñado del duque de Amalfi <sup>138</sup>.

<sup>134</sup> «porq[ue] si ellos piensan los del Pueblo que les hizo injuria en quitar el duque de Malphi de ay más queixa terna de v.m. que de ninguno, y aunq[ue] sea injusta no dejará de ser queja» (RAH, 9/1954, núm. 218).

<sup>135</sup> Véase el informe remitido por don Lope al Emperador (AGS, E., leg. 1456, fols. 206-209), así como las informaciones proporcionadas por Fortunato Vecchi a Ferrante Gonzaga (*ibid.*, fols. 66-67).

<sup>136</sup> El 31 de marzo se mostraba tranquilo a este respecto: «beso los pies a V. M. por la merced que me hace en no dar crédito a las cosas que los de sena han dicho y levantado de mi persona (...) porque nunca fui parcial (...) y si algo lo he sido en esto de sena antes lo ha sido en favor de los que están dentro que de los de fuera» (*ibid.*, fol. 239; RAH, 9/1952, núm. 62).

<sup>137</sup> Así se lo comunicaba Loaysa a Cobos a finales del mes de marzo. Aseguraba que la elección de Sarmiento no era de su agrado, «porque le tengo por hombre desalmado, interesado y no de buenas artes». Aconsejaba que fuese el duque de Amalfi quien asumiese este cargo: «La causa que me mueve es ésta, que ningún español por santo que sea y cuerdo, estará allí sin peligro de la vida. (...) Vuestra merced crea que ido el ejército de allí, puede pasar un español más seguro por Turquía que por todo el condado de Sena» (CODOIN, vol. 14, pp. 137-139).

<sup>138</sup> AGS, E., leg. 1456, fols. 227, 239-240. Respecto a las opiniones de Gonzaga, véase *ibid.*, fols. 3-6.

## A la sombra del marqués del Vasto

Desde su nueva condición, Soria continuó interviniendo, junto a Pedro de la Cueva y Alfonso Dávalos, marqués del Vasto, en las negociaciones conducentes a la concertación de la concordia. En este sentido, señalaba la necesidad de que el acuerdo se alcanzase con prontitud, aunque no fuese el mejor posible, por la incapacidad de seguir manteniendo al ejército en una tierra tan esquilada, así como la conveniencia de reducir el número de soldados que lo conformaban. A mediados de abril, don Lope partía con las tropas hacia Perusa, mientras que, en Siena, la situación se volvía a encauzar gradualmente. Sin embargo, su opinión, compartida con Loaysa, era que la pacificación no sería duradera. Igualmente, el cardenal de Osma instaba a Carlos V a reformar el ejército, puesto que sus altos costes hacían imprescindible la reducción de sus componentes <sup>139</sup>.

Así pues, el interés del comisario se centraba en esta cuestión, aunque continuaba atento a la evolución de los asuntos en Siena. A este respecto, mantenía el convencimiento de que la estabilización se lograría únicamente si el duque de Amalfi se hacía cargo del gobierno <sup>140</sup>. En cuanto a la actuación del marqués del Vasto respecto a la reestructuración de las tropas, y del caminar de las mismas hacia Lombardía, don Lope prevenía a Carlos V del peligro existente en extremar las medidas reductoras, puesto que los potentados italianos aprovecharían cualquier muestra de vulnerabilidad <sup>141</sup>. Sin embargo, a finales del mes de abril, Carlos V otorgaba licencia a Soria para que fuese a visitar su casa, puesto que no había necesidad de sus servicios. No obstante, cuando don Lope recibió la orden, se resistió a cumplir este mandato. Para ello, buscó la protección del marqués del Vasto, quien autorizó a que permaneciese a su servicio en consideración a que el comisario no contaba con otra fuente de ingresos para su manutención <sup>142</sup>. Por tanto, continuó prestando ayuda a su nuevo protector en torno a la

<sup>139</sup> El marqués del Vasto había ordenado liberar a los prisioneros tras la marcha de Gonzaga a Nápoles, y Pedro de la Cueva preparaba la entrada en Siena del maestre de campo Pedro de Guevara al mando de las tropas garantes del mantenimiento del orden (*ibid.*, fols. 26-27, 139-140, 165; RAH, 9/1954, núm. 207; CODOIN, vol. 14, pp. 144-145).

<sup>140</sup> *Ibid.*, pp. 159-160, 169, 181-182, 224; RAH, 9/1954, núm. 198.

<sup>141</sup> «... piense V. M. que lo de Italia no es posible sostenerlo con voluntades pues ning.<sup>o</sup> la tiene entera para su serv.<sup>o</sup> syno que lo ha de mantener y conservar con las fuerças» (AGS, E., leg. 1456, fol. 23).

<sup>142</sup> Don Lope se mostró muy dolido por esta decisión del Emperador, ante quien afirmaba haberse arruinado prestándole servicio. Exponía que esta determinación atentaba contra su honra, no sólo porque le abocaba a la mendicidad, sino también por ser despojado del oficio sin obtener ninguna merced a cambio (*ibid.*, fols. 22-25). Por su parte, el marqués del Vasto escribió a Cobos en recomendación de Soria (*ibid.*, leg. 1174, fol. 212).

reforma que se debía implantar en el ejército según las instrucciones remitidas por el Emperador <sup>143</sup>.

Durante los meses siguientes, permaneció a la espera de las órdenes de Carlos V respecto a su continuidad en el ejercicio del oficio, la provisión en un nuevo cargo, o bien, la reiteración del mandato de retirarse. Finalmente, a mediados de agosto, el Emperador expresaba su deseo de que prosiguiese su actividad como comisario. En este sentido, aludía a la mediación que el secretario Cobos había realizado respecto a la solicitud del marqués del Vasto, quien reiteraba su necesidad de que Soria permaneciese a su servicio <sup>144</sup>. La inseguridad generada por esta situación motivó que don Lope incrementase sus peticiones a Cobos en relación con su nombramiento en un nuevo cargo, con especial preferencia en aquellos que le vinculasen a Nápoles, donde se dirigía con el ejército. Igualmente, siguió atendiendo los cometidos propios de su oficio. En relación con éstos, la principal preocupación se encontraba relacionada con los retrasos producidos en el pago de las tropas y en la búsqueda de un medio de financiación regular <sup>145</sup>.

No obstante, Soria se mantuvo en el ejercicio de la Comisaría hasta junio de 1532, cuando Carlos V le ordenaba trasladarse a Milán. La actividad encomendada consistía en prestar ayuda al duque para que pudiese satisfacer las obligaciones contraídas en el Tratado de Bolonia. Si bien éste pretendía que se revisasen sus rentas ordinarias y extraordinarias, y se buscara el medio de saldar las deudas generadas, el Emperador estimaba esta actuación inapropiada. Soria debía colaborar con el embajador imperial, el protonotario Caracciolo, para resolver este asunto, puesto que las cantidades que el duque debía aportar habían sido consignadas por Carlos V a particulares <sup>146</sup>. A comienzos de julio, Soria se incorporaba a su nuevo destino. Su impresión sobre la labor encomendada era que revestía muchas dificultades a causa de la precariedad de medios existentes para hacer frente a los pagos exigidos. Por otra parte, aseguraba que no se podía recurrir al crédito de los particulares por la escasez reinante y los rumores de que se estaban realizando preparativos para la guerra <sup>147</sup>.

Don Lope permaneció en Milán un corto espacio de tiempo, puesto que, a mediados del mes siguiente, se encontraba en Mantua. Retornado junto al marqués del Vasto,

<sup>143</sup> *Ibid.*, leg. 1456, fols. 167-168. Por otra parte, el marqués del Vasto finalizaba las gestiones referidas a Siena. El duque de Amalfi quedaba al frente de las tropas, y la ciudad en un orden semejante al establecido en octubre de 1530.

<sup>144</sup> En consecuencia, Carlos V escribió al cardenal Colonna para que Soria percibiese el mismo salario que tenía cuando ejercía la embajada en Siena (RAH, 9/1952, núms. 63, 64; *ibid.*, 9/1954, núm. 206).

<sup>145</sup> En este sentido, véase *ibid.*, núm. 66; AGS, E., leg. 1457, fol. 380.

<sup>146</sup> El Emperador advertía a don Lope que éste era el único asunto en el que debía intervenir, aunque el duque demandase su participación en otras cuestiones (RAH, 9/1952, núm. 67; OCHOA BRUN, M. A., *op. cit.*, V, p. 226).

<sup>147</sup> No parece que Francisco II Sforza despertase las simpatías de Soria: «El duque de Milán está en Pavia hartó bien sano de su persona» (AGS, E., leg. 1174, fol. 356).

volvió a emplearse en las cuestiones relacionadas con el mantenimiento y reorganización del ejército <sup>148</sup>. Permaneció ocupado en estas actividades hasta que, en 1533, Carlos V volvió a reclamar sus servicios como diplomático. Así, fue requerido por el Emperador para ocuparse de la embajada en Venecia, a cuyo ejercicio estuvo vinculado seis años. Posteriormente, Soria regresaba a Milán, pero, en esta ocasión, para quedar integrado en el Consejo. Éste fue el último servicio que prestaba a Carlos V, puesto que su fallecimiento se producía en 1544.

---

<sup>148</sup> *Ibid.*, leg. 1457, fols. 130-131.